

**Universidad de Chile**  
Facultad de Filosofía y Humanidades  
Departamento de Literatura

# **FRAGMENTE sin CORPORALIZAR**

## **O un ensayo de reescritura del Obsceno Pájaro de la Noche**

Informe Final de Seminario de Grado "El Derrumbe de los Monumentos en el Cuerpo de la Memoria"  
para optar al grado de Licenciada en Lengua y Literatura Hispánica con Mención en Literatura

Alumna:

**Francisca Abara**

Profesor guía: David Wallace

**AÑO 2010**



<b>Epígrafe . .</b>	<b>4</b>
<b>ENSAYO DE UNA POÉTICA AUTORIAL . .</b>	<b>7</b>
<b>CUERPOS DESPROPORCIONADOS . .</b>	<b>11</b>
<b>MONSTRUOS DESINCORPORADOS . .</b>	<b>17</b>
<b>OJO CON EL OTRO OJO . .</b>	<b>27</b>
<b>EL INTERVENIDO CUERPO DE LA VIDA (O EL OBSCENO PÁJARO DE LA NOCHE) . .</b>	<b>34</b>
<b>MEMORIAS PARA OLVIDAR . .</b>	<b>40</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA . .</b>	<b>44</b>

## Epígrafe

**“¿Cuál es la máxima vivencia que vosotros podéis tener? La hora del gran desprecio. La hora en que incluso vuestra felicidad se os convierta en náusea y eso mismo ocurra con vuestra razón y con vuestra virtud.”**

**Friedrich Nietzsche**

**Así habló Zaratustra, un libro para todos y para nadie.**

**Nosotros mismos estamos dentro y formamos parte de una literatura o de una obra de arte. Digamos, de una estética: El derrumbe de los monumentos en el cuerpo de la memoria, es el título que con cuatro atrevidos conceptos nos reúne a nosotros todos para ex.ponernos, ser ex.puestos, ex.poner a otros y discutir y abismar las escrituras de la escritura en específico. Tenemos que criticar y pro.poner, o sea, re.ordenar palabras pre.concebidas dotándolas a la imagen toda, de otra significación, porque, ya re.descubrimos –y no lo podemos olvidar- que el significado, como uno y tal y unívoco, no existe; entonces existen metonimias de significaciones que son palabras también; sí, puras letras y juegos de letras. El más gracioso y entre.tenido entramado textual, será el mejor bricoleur de la lengua, o el artista más espontáneo. Porque la espontaneidad es el sentimiento que debe significarse, yo diría, que inmediatamente (por eso la belleza de nuestra primera lengua: la metáfora), esas sensaciones que se transmiten y pasan raudas por el cuerpo como un estornudo, un escalofrío o su prolongación siempre insuficiente del orgasmo. Y digo que la espontaneidad es la clave sensual para la comunicación de lo re.creado porque es tan efímera e inasible que la aprehendemos nada más que por re.conocernos carentes de ella, o sea, de ausencia que pesa y que de.marca en deseo metonímico de querer-llegar-a-alcanzar; siempre más allá o más acá mas nunca en su lugar, ¿por qué?, porque parece que cuando se capta en ese instante de iluminación y áurea claridad sublime, la significación en su significado... parece que ya no es, parece que se trans.forma en otra forma, en otra palabra porque para asirla hay que rodearla o cercarla (a.poder.arla). Entonces sucede que todo es un gran juego de estrategias, conectores, evasiones, disimulaciones, distinciones, diferencias, sutilidades; presencias, ausencias y más palabras que intentan y ensayan las infinitas posibilidades de su combinatoria. Y aún así, por muy económico y re.ciclable que sea el lenguaje, hay, “dicen”, una esencia de libertad esencial que no se deja de.formar; y es que hay cosas que no se dicen o que no tienen nombre y sólo son aporías de sentido de las que sólo existe un registro erótico, retórico, poético, estético, cosmético. Sobre.cogido en la piel, re.plegado en el cuerpo, en la memoria de lo olvidado y derrumbado. Es el intento de comprender la re.construcción de lo olvidado. Pero... la huella y el vestigio señalan, pero... hay algo que queda en no sé dónde, que me produce un no sé qué y que me remite a un no sé cuándo y que sólo me queda como certeza: como verdad (como el oxímoron de la encadenada libertad de la libre forma del libre juego que no es juego porque es libre...) ¿Qué más queda si no situarse en el aquí y en el ahora para querer seguir cuestionándo.me?**

**“¡Permanecedme fieles a la tierra, hermanos míos, con el poder de vuestra virtud! ¡Vuestro amor que hace regalos y vuestro conocimiento sirvan al sentido de la tierra! Esto os ruego y a ello os conjuro.**

**¡No dejéis que vuestra virtud huya de las cosas terrenas y bata las alas hacia paredes eternas! ¡Ay, ha habido siempre tanta virtud que se ha perdido volando! Conducid de nuevo a la tierra, como hago yo, a la virtud que se ha perdido volando –sí, conducidla de nuevo al cuerpo y a la vida: ¡para que dé a la tierra su sentido, un sentido humano!**

**De cien maneras se han perdido volando y se han extraviado hasta ahora tanto el espíritu como la virtud. Ay, en nuestro cuerpo habita ahora todo ese delirio y error: en cuerpo y voluntad se han convertido.**

**De cien maneras han hecho ensayos y se han extraviado hasta ahora tanto el espíritu como la virtud. Sí, un ensayo ha sido el hombre. ¡Ay, mucha ignorancia y mucho error se han vuelto cuerpo en nosotros!**

**No sólo la razón de milenios –también su demencia hace erupción en nosotros. Peligroso es ser heredero.**

**[...]**

**Vuestro espíritu y vuestra virtud sirvan al sentido de la tierra, hermanos míos: ¡y el valor de todas las cosas sea establecido de nuevo por vosotros! ¡Por eso debéis ser luchadores! ¡Por eso debéis ser creadores!**

**Por el saber se purifica el cuerpo; haciendo ensayos con el saber se eleva; al hombre del conocimiento todos los instintos se le santifican; al hombre elevado su alma se le vuelve alegre.”**

**Friedrich Nietzsche**

**Así habló Zaratustra, un libro para todos y para nadie.**

**“8. De este modo, todo el valor de prodigio que atribuimos a estos productos de la vida que son la memoria, el pensamiento, el sentimiento, la invención, etc., deben, por el razonamiento que acabo de explicar, rebajarse al rango de accesorios de esta vida. Todas nuestras pasiones de espíritu, nuestras acciones de lujo, nuestras voluntades de conocer o de crear, no ofrecen de todos modos desarrollos, incalculables a priori, de un funcionamiento que tendía únicamente a compensar la insuficiencia o la ambigüedad de las percepciones inmediatas y a suprimir la incertidumbre que resulta de ello.**

**La gran variedad de las especies, la sorprendente diversidad de las formas y de los medios que manifiesta, los recursos de cada una, la cantidad de las soluciones del problema de vivir, inducen a pensar que la sensibilidad y la conciencia pensante podrían haber sido reemplazadas por propiedades completamente diferentes que rendirían los mismos servicios.**

**Lo que una especie obtiene por tanteos sucesivos y como por vía estadística, otra lo hace por intervención de un sentido que no posee la precedente; o bien... por alguna elaboración interior semejante al <<razonamiento>>.**

**9. Observo que nuestros sentidos nos procuran solamente un mínimo de indicaciones que transponen, para nuestra sensibilidad, una parte infinitamente pequeña de la variedad y de las variaciones probables de un <<mundo>> que no es ni concebible ni imaginable por nosotros.”\***

**Paul Valéry**

**Reflexiones simples sobre el cuerpo.**

**\* Fragilidad y precariedad de un sustituible dispositivo que es la razón. No exageremos, en el equilibrio, y no en la sola razón, está la cosa.**

**...A modo de advertencia por lo que viene escrito...**

**esta humilde, eterna y ajena justificación:**

**“...su escritura registra y sucesivamente exhibe las huellas de estas energías centrífugas, que arrastran fuera de ellas la integridad que anhela, deviene exposición y trabajo sobre esa exposición. Es una crítica (des)hecha en la fascinación y la resistencia, en la alegría y una angustia que están más allá del optimismo”.**

**Federico Schopf**

**Más allá del optimismo crítico.**

**...Y de manera más evidente:**

**“Porque una idea, aunque sea completamente absurda, siempre tiene algún valor: y porque una expresión, un signo vacío, siempre deja despuntar el espíritu de algún agujón.”**

**Paul Valéry**

**Reflexiones simples sobre el cuerpo.**

---

# ENSAYO DE UNA POÉTICA AUTORIAL

**“El desgarro –desmembramiento- puede ser lo corpóreo [...] ; o bien, desgarro de lo visible (del desmembramiento del ser real fórmase naturalezas fantásticas). Y las visiones desgarradoras se enlazan unas a otras”**

**Enrico Castelli.**

En realidad, José Donoso lo explicita todo en su escritura de *El Obsceno pájaro de la noche*; no hay más que dilucidar en cuanto a sus personajes, sus manías y embrollos psicológicos enfermizos. El travestismo, la locura y desintegración de los individuos-personajes, es, gracias a la exquisita labor estética del autor, evidente.

El Mudito como centro gravitatorio de la novela, cuenta su historia que en cierta forma es la historia de todos los otros personajes, comenzando su movimiento desde un acabamiento progresivo que va en retroceso; quiero decir que hacia el final de la novela, el Mudito se va gestando, se va iluminando en su intención de ser, en su devenir. Termina dentro de un útero de sacos de arpillera, inmóvil e indeterminado, acabado como recién hecho, listo para desaparecer y desintegrarse definitivamente. Es un viaje *ab ovo* que como un ciclo, comienza donde termina, y esto simplemente porque el narrador *siempre* es el Mudito; el que nunca dijo nada porque nunca fue, realmente, *alguien*; como su testigo, sólo queda el papel de las páginas escritas. El Mudito acaba por comprenderse en su desintegración, es el residuo que a José Donoso, su creador, le queda por hacer desaparecer, y al escribirlo, lo logra; lo expone, desaparece.

¿Por qué, entonces, este relato tiene la forma de un delirio?, ¿Quién es el Mudito y por qué funciona como el ojo de un huracán, atrayendo o expulsando a los demás agonistas?

Perfectamente podemos aclarar que existen ciertos personajes que efectivamente se articulan en la historia con consistencia: Jerónimo e Inés de Azcoitia, Boy, las viejas todas, la Madre Benita y el Padre Azócar, misiá Raquel, las huerfanitas, Emperatriz y los otros monstruos fenómenos. Hasta incluso, en cierto punto, Humberto Peñaloza. Pero hay que advertir que cada ser tiene su doble, su *alter ego* o su deseo *enmascarado*, y he aquí el comienzo de la nebulosa y la difuminación; y es que, en realidad, todo el desarrollo de esta trama podría interpretarse sin mayor enredo, como el desarrollo, precisamente, de las *fantasías* de los *reales*; de las alucinaciones de los pervertidos, y digo pervertidos en el sentido más etimológico de la palabra: algo que esta vertido en su revés.

Así, la configuración de Humberto Peñaloza, el escritor, registrador y entramador de –una parte- de lo que leemos, se construye o más bien, destruye, desde los ojos y la memoria que quedan, aún, en el veinte por ciento del cuerpo del Mudito. Humberto Peñaloza es el *alguien* que el Mudito *quiso ser* pero que no alcanzó ni llegó a ser. Emperatriz es la alucinación ostentosa de la prima de Jerónimo. Lo mismo con Inés y con Iris Mateluna: son imágenes proyectadas y espectros alucinantes de unos, frente y junto, a otros; fantasmagóricos recíprocos, ilusiones y *deseos de ser*, eso que en realidad, *nunca* fue porque *no podía ser*. Imposibilidad de clara unidad. Son la recreación en conjunto de otro modo, uno disperso que logra su sentido multívoco, en la fragmentariedad, en los trozos-personajes del gran cuerpo intervenido. La determinación es una que genera indeterminaciones varias en su intento de ser.

Porque Inés no pasa de ser una mujer acomodada que enloqueció (alucinó) porque no concibió un hijo normal, porque no perpetuó la estirpe Azcoitía, y porque ni siquiera pudo darle a la familia una “santa”; *deber ser* social y de tradición que por su sólida determinación, falla provocando el desequilibrio: locura obsesionada de un fracaso. Iris Mateluna por su lado es una niña manipuladora que nada más busca alejarse de la Casa de Ejercicios en la que estaba encerrada engañando a quien fuera, o siguiéndole el juego a las viejas con el asunto del niño milagroso que supuestamente iba a dar a luz; todo por buscar algo distinto y nuevo. Cada personaje es un ejemplo de estas obsesiones enmascaradas y travestidas que hacen de la novela un juego de identidades, espejos y mitos. Por eso llego a la única figura que realmente nos puede entregar una explicación más acabada sobre esta extraña pero inherente necesidad de *querer ser otro*, y es que Donoso mismo se traviste una y otra vez por sus deseos ocultos en personajes e historias que no concluyen nunca sino donde empiezan, porque están en él, como todo personaje está en la ficción fantástica de su autor, como toda creación es necesidad de presentación, de “presenciación” por así decirlo: sacarlo afuera (ex.ponerlo) para poder ver.lo, para hacer.lo y ser.lo realmente.

***“Ahí todo se plasmó: Humberto Peñaloza no es el Mudito, no es el secretario de don Jerónimo: se volvió una creación de la literatura identificada con los manuscritos, que no tiene otra existencia que la de una colección de alusiones, dudas y papeles. Todo y todos en El obsceno pájaro de la noche son producto de la reflexión que hace una persona acerca de otra. Hasta hoy no sé si La Rinconada y la Casa de Ejercicios Espirituales son o no fragmentos de una sola y misma cosa. Un universo construido sobre la falsa premisa de la paralógica tiene la clara ventaja de ser autosuficiente. No tiene que rendir homenaje a la realidad, sino que vive por sí mismo y de sí mismo: no tiene que <<funcionar>> en relación con cosa alguna, sino sólo de acuerdo a reglas establecidas en el universo postulado de la novela. ¿Cuáles son las reglas que gobiernan El obsceno pájaro de la noche? La duda, la inseguridad, no solamente como una realidad psicológica (que es sólo una parte de mi biografía, y por lo tanto insignificante), sino como espacio literario; no la postulación de este universo como historia, sino un reconocimiento a cada grano de experiencia de cada fragmento de esos ocho años que demoré en escribir el libro, como objetividad pura, y un reconocimiento a la dinámica de lo inconsciente, capaz de producir una coherencia que, me gustaría creerlo, yace más allá –y quizás detrás- del tiempo, fraccionada y reconstituida en un todo. La memoria inconsciente, la memoria trucada que es mitad memoria, mitad fantasía: eso guía mi escritura. Yo creo haber tenido escrita esta novela en mi ADN, y simplemente salió cuando le di apertura. Pude entonces terminar, retirarme de ella con una reverencia; ahí está, fuera de mí, un objeto con voz propia (como quiero creerlo). Y entregándola, me libero de ella.”<sup>1</sup>***

Lo que quiero indicar es que José Donoso se escribe, aún en estas infinitas re.lecturas, en una intención de sí. Y por lo mismo funciona efectivamente como deconstrucción del sujeto. Finalmente, no hablamos sino de esto siempre: del yo, del individuo, de la identidad; de la pregunta: del desde dónde y para dónde, del quién soy yo y por qué es que estoy aquí.

<sup>1</sup> Donoso, José. “La alucinación final: del caos al cosmos, En: Claves de un delirio: los trazos de la memoria en la gestación de El obsceno pájaro de la noche (Un texto inédito de José Donoso)” En: El obsceno pájaro de la noche. Santiago, Ed. Alfaguara, 2003, pág. 595-596.

En el caso de los que juegan con las palabras, la pregunta (y respuesta) es *porque escribí*. Hablamos aquí de la fantasía de la creación, o de eso que conocemos como *arte*:

**“Fantasear representa un modo de correr tras lo inconsistente; y, sin embargo, fantasear puede ser también el único modo de hacernos accesible la realidad. Quien no posee fantasía no sabe ver. Los animales no la poseen: su conocimiento se extingue en la sensibilidad. La fantasía domina el alma del artista, [...] aquella que traduce en nuevos términos una experiencia que sería puramente bestial si no fuese transfigurada. [...] transfigurando el sentimiento de comunicación con lo divino, mediante la representación de aquello que es la antítesis de lo divino y que como tal, atrae, trae a sí. Los demonios son arponeros. [...] seduce el abandono de sí y seduce también la renuncia al esfuerzo de mantenerse en la consistencia; mejor aún la seducción de abandonarse, de no ser, alcanza tal violencia que, sin la Gracia, el ser hacia el que debe tender la humanidad, de ningún modo podría realizarse. Pero la Gracia no abandona a quien perdura en el llamado de Dios.”<sup>2</sup>**

En estas religiosas palabras de Enrico Castelli encontramos una forma de entender la fantasía que nos lleva directamente a lo *sublime*, tremenda palabra que remueve nuestro inconsciente colectivo cuando recordamos al viejo Schiller y al recurrente Víctor Hugo que no se cansan de hallar la verdad en la polaridad de la naturaleza y la vida. Ese *único modo* de acceso señalado por Castelli, es lo sublime del asunto. La transfiguración que es la racionalización plasmada en la forma, el medio y el modo, es lo que atrae y mantiene atada, con fuerza y esfuerzo, románticamente con los finos hilos del amor, lo inconsistente a la *forma* consistente: he aquí la fantasía de la creación (como un falso y diminuto *dios*) que es reacción por mezcla de dos impulsos, he aquí la ilusión que es decepción (a saber: no somos *ése* dios); sublime e inquietante decepción de no *llegar a nada* (de no recrear *vida*).

Es más, como aún no recordamos cómo es el volver de la vida ya vivida, poco importa si realmente ésta deviene en nada, o deviene la nada misma después de atrapados por la seducción de lo demoníaco, o después de resistir —¿en vano?— como un santo a las tentaciones con la fuerza de dios. Hasta donde llega mi interés, esas cuestiones no están planeadas ni siquiera consideradas al momento de ensayar el *artificio*, -ya que no se trata de discutir aquí la existencia póstuma ultraterrena- simplemente, se trata de atender los momentos de la vida misma en que, precisamente, se debate una lucha interna entre los monstruos y los ángeles de tu conciencia, es decir, entre las dos tensiones: la re.creativa y la des.tructiva, que son perfectamente ejemplificadas por el ser humano y su obra, todo lo que deja. No hay testimonio de *algo que pase más allá* del testimonio, por ende, aquí y ahora, nada de eso importa. La disputa de la concientización (o del darse cuenta) toma varias actitudes con sus respectivas formas: desde la más básica pregunta hasta la más compleja *obra de arte*; más allá de esto, no hay testimonio. Al igual que cuando, de pronto, te encuentras solo, en medio de la nada, perdido y preguntándote el por qué de la vida y su sentido... Si alguna vez usted se ha encontrado en medio de estas reflexiones, sabrá a que tipo de disputa me refiero, a qué tipo de cuestión interrogante me refiero. Y escribo todas estas cosas porque la fantasía con la que comienzo a desarrollar este ensayo, es el motor de la fuerza, el deseo y la voluntad de hacer realidad los pensamientos que confluyen en este mismo entramado intertextual.

<sup>2</sup> Castelli, Enrico. “Introducción”, En: *De lo demoníaco en el arte. Su significación filosófica. Traducción del italiano, Humberto Giannini. Santiago, Ed. Universidad de Chile, 1963, pág. 15-16.*

Por eso, *la gracia* de todo esto está en saber cómo enfrentar *la tentación* de la duda y la ignorancia cuando la vida misma no nos basta. Cuando el ensimismamiento es tal –y por cierto, como paso previo, necesario- que no ves ni eres capaz de entender el movimiento que te rodea *siempre*, y que a veces no se ve tan lindo como para recordarlo, como para el agrado y el propio placer. Entonces, finalmente, apelaré al *equilibrio* y la madurez o altura de miras (como quiera llamársele) que te descoloque del sitio en el que envejeces y levante de ti mismo en desgracia para querer, con voluntad de poder, llegar al centro, o, en su defecto y necesidad, gozar un poco *del otro* extremo. Nada es tan grave, pesado o serio como parece cuando sabes a dónde y por dónde has caído, si entiendes y no olvidas que luego puedes cambiar, que la vida como existencia en sí, es flujo en movimiento, y que nada se detiene, ni siquiera con la muerte de la materia, que es otra transformación. ¿Por qué habrías de detenerte tú, *ser* humano? La expectación sobre el porvenir y sobre las consecuencias de tus acciones puede llevarte por dos caminos distintos (mas todo vuelve a su lugar): o desesperas ignorantemente en ansiedad, temiendo y vulnerable, o, esperas en paz, disfrutando bajo un relativo control configurado como sabiduría, la versatilidad y movimiento de las circunstancias que *te provocan*. Ambas requieren acción, y ambas conllevan reacción<sup>3</sup>. *Di.vertido* es el juego, ¿por qué no jugarlo de verdad?.

Una forma de adquirir esto que denomino sabiduría, es justamente a través de una “madura actitud creativa”; esto es, hacerse cargo de lo que en nosotros hemos sopesado y visto reflejado gracias a la búsqueda del voluble preguntar. Por eso la escritura que da registro de ello. Es como el morbo oculto de reconocerse en lo vivido, rememorándolo en la escritura cual *hypomnémata* griega, es decir, recordar para bien reaccionar. Sólo ahí (nos) comprendemos.

La gracia de olvidar es volver a recordar. Y si no se olvida, no se aprende; no cabe ni queda espacio para lo nuevo. Es necesario botar, limpiar, remover y renovar. Aprender a desaprender y desprender para aprender. Un *re.cordis* continuo que sólo refresca la pregunta; el cuestionar, el buscar eso que se olvidó y que fue nuestro origen alguna vez. ¿Por qué el Mudito no resuelve?, ¿Por qué parece que todo ha quedado y queda y sigue quedando igual?, ¿Por qué, simplemente, *ya no importa* el final? Intentaré una respuesta desde lo que me *provoca* y *toca* en el *cuerpo* mismo. El cuerpo: el más fiel testigo que no dirime prejuiciosamente, más bien no hace juicio alguno, solo siente y se resiente, señales suficientes para concluir en algo. Pondremos, al intentar leer estas páginas, toda la atención, pues, *en el cuerpo*; el cuerpo sensible o insensible, perceptivo o muerto: cadáver, de la memoria o del olvido, en el cuerpo bello y en el desproporcionado: todos ellos sirven, son más que válidos; son la atadura celestial en la tierra o, si se prefiere, la verdad que por sí sola no engaña en medio de las apariencias construidas. Advenidos y advertidos, entonces, nos volcamos en la mente y fantasías del hombre.

---

<sup>3</sup> *Karma*, en sánscrito.

# CUERPOS DESPROPORCIONADOS

***“-¡Mil veces maldito el día que me vio nacer! gritaba con desesperación- ¡Infame creador! ¿Por qué habéis dado vida a un ser tan monstruoso que, incluso vos, apartáis de mí la mirada, lleno de asco?”***

***Frankenstein.***

Me pregunto si los monstruos, tan protagónicos en esta obra de Donoso, no son más que excusas de lo *monstruoso-inhumano*, esto porque, efectivamente, existe la diferencia más allá de los distintos términos. Me parece que lo importante a evaluar es justamente la inhumanidad que se desprende, no del maltrato o la discriminación que puedan sufrir los deformes excluidos, sino más bien de la inhumanidad que brota de nuestros ojos mismos, de esas ventanas del alma que configuran el placer del voyeurismo, en los que se arraiga la curiosidad y la atracción más sensible, el sentido más poderoso, el que decide con más vehemencia y nos obliga a creer hasta lo increíble (creer hasta las ilusiones, alucinaciones y visiones), y en esto la fantasía del arte juega una responsabilidad importante. Repensemos lo sublime:

***“Resulta agobiante estar a punto de creer lo que no es. Todo es inteligible, con la condición de que sea circunscrito: De aquí el desgarramiento demoníaco. Si todo deviene inteligible nada es comprensible, si es verdad que lo comprensible comprende, esto es, contiene más; si es verdad que trasciende el detalle que es inteligible. Contiene más precisamente porque empeña al individuo en la intelección de algo (de un aparecer) hasta dejarlo en la presunción de poder concluir más allá de lo que se ha entendido. [...] Estamos, pues, en presencia de un entender que no se comprende, incomprensible; quedamos fuera de nuestro propio entender. Nos alienamos. No se comprende; la seducción de lo inteligible nos arrastra a la caída, o sea, al umbral de una entrada, a una promesa de comprensión que retrocede al infinito: al abismo.”<sup>4</sup>***

Sí, la sublime desesperación del hombre que es sujeto, que concibe desde un detalle lo inconcebible absoluto, y que por lo mismo *sufre*, en un acto de pasión o amor inútil en la mezcla de los dos impulsos (razón y sensación), el *no poder* plasmar ni comunicar debidamente en su cabalidad eso enorme que no tiene cómo ni por dónde asirse; eso que es posible de comprender *sólo* si se le cerca, acerca y circunscribe. Cuestión imposible pues su naturaleza es deíctica; condenada a la distancia, a la saeta y la herramienta que obra con impulso apolíneo, divino. Como irrisorio consuelo nos contentamos, entonces, con el *juego* (tercer impulso según Schiller y Nietzsche, que funda en *equilibrio* a los otros dos), artefacto de un drama tragicómico que nos retiene conscientes, despiertos, sensibles y críticos en medio de la bien distinguida verdad y su apariencia.

Entendemos, sí. Nuestros sentidos perciben, nuestros ojos ven lo horrendo y su fenoménico aparecer, mas *no* lo comprendemos; no lo asimilamos, más bien, si algo no calza en su lugar, lo rechazamos sin otra posibilidad. Pareciera que *aún* no está acomodado en nuestro raciocinio la percepción de la sutilidad y armoniosa belleza de lo grotesco,

<sup>4</sup> Castelli, Enrico. “El desgarramiento”, cap.2, op.cit. pág. 25.

que, debido a esta misma incompreensión, tendemos, todavía, a polarizar y polarizarnos con abundantes juicios junto a ello; en los extremos, cuando la armonía anhelada, ya sabemos, está en la justa conjunción. En otras palabras: *aún no somos capaces* de integrar y completar (complementando) porque continuamos ignorantes en muchos aspectos; más aún si los neurofisiólogos de la ciencia ya han “descubierto” que un alto porcentaje de las zonas de nuestro cerebro *están inútiles aún*, todavía inservibles para nuestro –básico y rudimentario- manejo de las cosas, lo que nos impide realmente *incluir más*.

Podemos corregir esta deficiencia relajando, soltando y olvidando la exagerada atención (y tensión) concentrada en un pedazo de cerebro, específicamente el lóbulo izquierdo dueño de la famosa razón (*ratione, ración*). No sabemos aprehender la des.aprehensión, y creo que, en este caso, el automatismo de la costumbre, en parte, ayuda y ejercita el des.extrañamiento propicio para dar el siguiente paso; o sea, *la aceptación*. Tomemos como ejemplo otra perspectiva -más erudita- sobre la vida, que conlleva otro tipo de hábitos para contrastar sabidurías y nuestras posibilidades de aprehender. El *ayurveda* oriental o “ciencia de la vida”, es una ciencia, -respetada y considerada- mucho más íntegra que nuestra ciencia médica racionalista y occidental, puesto que nos instruye sobre el funcionamiento energético que fluye y vive a través de la comunión irrefutable de la mente dentro el cuerpo. Esta misma ciencia se ocupa de enseñar mediante básicas pero eficientes metáforas, la sana y saludable disposición que nuestra mente debe adoptar para que su cuerpo fisiológico funcione armónica e inteligentemente de acuerdo a tres ejes tipos o *doshas*: *vata*, *pitta* y *kapha*. Es decir, para que esté a disposición, en nuestro conocimiento, la sabiduría de la experimentación de la propia salud individual. De este modo, un sistema mente-cuerpo *Vata* significa el predominio canalizador de la energía del movimiento, su metáfora es el viento; *pitta* hace referencia a la intensidad que es la asimilación del movimiento; y *kapha* es el momento de la creación que trae consigo un sabio y merecido relajo. Es una triada consecuente, causal y concluyente en cada punto que la conforma cual perfecto ciclo. Cada ser humano se despliega a través de estos tres *doshas* o fuerzas canalizadoras, y sin embargo uno o dos *doshas* son los que tienden a predominar en tu personalidad (que incluye también la corporalidad). Por supuesto que hay que observarse primero para luego poder tomar cuidados y así funcionar mejor, en gustosa armonía. Y mientras más conscientes seamos respecto al ciclo y la causalidad del *movimiento* que es flujo que se *re.fugia* (o sea, vuelve a cerrar la fuga) y que es re.generado una y otra vez para su eterno circular, desde un comienzo y desde que somos *arrojados* con violencia al mundo (el parto de la mujer es violento y la *respiración* del ser humano es, además, la viva demostración misteriosa del vaivén primordial del amor divino para con el cuerpo denso y material de la tierra; el primer y último movimiento que es señal de vida) y que, luego, como requerimiento para el entendimiento (inteligible y compre.he.nsible), debemos *asimilarlo*, y en esto puede significarse el sufrimiento acongojado de la pregunta existencial que conlleva el aprendizaje, para así poder, finalmente, activar la energía del *relajo* propio de un gozo elevado que es ofrenda absoluta de la vida misma del puro amor. (Y sí; una y otra vez reanimaré el vocablo amor).

Por este mismo circuito que acabo de explicar, es que sí creo en la “evolución” humana, más cómodo, sin embargo, me resulta hablar de desarrollo humano; así me resuena la humildad del error en el aprendizaje. Evolucionar, para mí, es aún mucho decir. Ciertamente, dudaría -hoy- de una violenta y prepotente discriminación si se nos presentara un hombre deforme ante los ojos en este momento, de seguro costaría contener alguna expresión inmediata de sorpresa o desmesurada curiosidad, mas no creo que las piedras y los golpes sean un primer movimiento reactivo. Y en esto quizás el engendro de Frankenstein y Frankenstein mismo hubiesen vivido más tranquilos y alegres en el siglo XXI. Lo cierto es

que estamos desarrollándonos y desenrollándonos *aún*, y en ese movimiento que espera salirse de la *re*.volución circular y eterna de lo mismo, para girar, por fin, ascendentemente en espiral, es que reposa la nostalgia romántica de la Gran Historia Humana –y *aún sublime*– de Friedrich Schiller.

Volviendo al tema monstruoso, mencionábamos la fuerza de los ojos; los ojos y esa mirada que asusta y que empodera al que es observado y atendido. Esos ojos que, en la novela, guardan la identidad perseguida por don Jerónimo del Mudito (que ya no le va quedando cuerpo, que ya lo han deformado, que ya lo han manipulado hasta dejar nada más que su veinte por ciento. Le dejan los ojos y la memoria... los ojos y la memoria). Así, el Mudito dice:

**“[...] soy otra vieja más don Jerónimo, soy el perro de la Iris, déjeme descansar, no me acose, yo ya lo he servido, ser testigo también es ser sirviente, usted sabe que los sirvientes se quedan con una parte de sus patronos, sí sabe, cómo no lo va a saber si yo me quedé con lo principal suyo cuando usted me tuvo a sueldo como testigo de su dicha. La perfección de la pareja feliz se desarrollaba allá lejos, remota como un panorama de montañas soberbias pero intocables que mantenían mis ojos encadenados por esa admiración y esa codicia que Jerónimo y que Inés conocían y necesitaban. No eran capaces de vivir sin la presencia de mi mirada envidiosa creando su felicidad, el dolor de mis ojos que los contemplaba iba suministrando la dicha que ellos consumían. No fue a mí –yo era descartable-, fue a mi envidia que don Jerónimo tuvo a sueldo durante tantos años. Pero yo me quedé con la mirada cargada de poder, eso es mío, no se la doy, no voy a permitir que me la quiten, por eso la escondo aquí en la Casa, para que usted no me la quite don Jerónimo [...]”<sup>5</sup>**

Hablamos de voyeurismo y exhibicionismo: la necesidad de un espectador y la de un espectáculo; un juego de espejos y reflejos en toda su significación. El uno que se permite gracias al otro, y viceversa. Mutua dependencia entre don Jerónimo y Humberto Peñaloza. Uno se excita porque el otro lo mira, uno tiene potencia porque el otro se la da. Es pasivo en cuanto es visto y activo en cuanto otorga potencia con su presencia, al otro, ese que a su vez es esclavo y amo de su señor, don Jerónimo de Azcoitia.

El evidente *sirviente* utilizado es el Mudito. El más humillado, el más, por lo mismo, poderoso. La distancia *más secretamente cercana* es la que genera el respeto y el miedo. Una distancia que se sustenta en la asquerosidad *re.pulsiva* que genera el desconocimiento (el *no* reconocimiento) de nuestras propias e íntimas asquerosidades y suciedades que sí son conocidas y limpiadas por los *otros* a quienes usamos; quienes nos sirven en el desagradable trabajo por nosotros delegado y negado. Por todo esto, además, los *empoderamos* dándole la experiencia que nosotros no enfrentamos. Dialéctica hegeliana del amo y el esclavo, he aquí la interdependencia parasitaria del exhibicionista y el voyeurista. Estos *otros* son más fuertes y más sucios, están para limpiar nuestra consciencia (también). Es la alegoría de las degradadas viejas de la Casa, y como exponente magistral de aquello; el Mudito es el más servil, la séptima vieja, el de los ojos amenazados y perseguidos.

Esta irresistible curiosidad practicada por los ojos y su dirección intencionada, no significa nada, como se sabrá, sin la imagen. La imagen, que es el llamado de la mirada, es lo que cataliza la efervescencia y la atracción; la imagen hace la diferenciación, la distinción.

<sup>5</sup> Donoso, José. *op.cit.* pág. 94.

Y la monstruosidad que suspende el autor en esta novela, está finalmente en el reflejo de la enredada plástica; el principio fundamental que anota Jean-Jacques Courtine dice lo siguiente: “no hay monstruos sin imágenes”<sup>6</sup>, y prueba de ello es el testimonio -precedido de una presupuesta perogrullada poética- que da Donoso sobre su obscena inspiración:

**“Nunca deja de extrañarme que se pueda creer que una novela surge de una sola idea y que no es, en realidad, un entretejido de innumerables ideas, de recuerdos, visiones, obsesiones, sugerencias y observaciones que poco a poco van apoyándose unas en otras hasta encontrar la forma y el lenguaje precisos de una novela, sin que al final uno sepa muy claramente qué quiso decir. Así sucede en el caso mío; supongo que en el caso de otros escritores estas cosas se dan de maneras diferentes. [...] Para trazar la biografía de *El obsceno pájaro de la noche* tengo que remontarme a ciertas épocas y momentos de mi propia vida y de la vida de otros. Y de la vida de mi ciudad, Santiago de Chile; sobre todo, del Santiago entre los años 1957 y 1960. [...] Nos detuvimos en una esquina, frente a una luz roja. Pero mi atención viró bruscamente de las palabras de Fernando a otra cosa: frente a mí, en la calle, a unos metros de distancia, se había detenido un gran automóvil negro, mucho más míticamente lujoso que cualquiera de los que se veían entonces en Santiago, conducido por un chofer evidentemente nórdico, apuesto y rubio y dueño de un fuerte mentón partido. Pero lo que vi en el asiento de atrás –durante esos segundos de luz roja en que las palabras de Fernando me tenían como suspendido en un mundo mágico- lo que percibí con escrupuloso detalle (me parece que lo estoy viendo hoy), fue un muchacho de edad indefinida, aunque ya pasada la adolescencia, magníficamente vestido –camisa de seda, traje de franela listado-, pero totalmente deforme. Era un enano, un gnomo, una criatura de feria: la cara cosida, los ojos asimétricos, la nariz estropeada, el labio leporino... Todos los accidentes e irregularidades que puede tener un rostro, incluso la saliva brillando en los labios y en la lengua que asomaba un poco. El cuerpo era igualmente deforme, con las piernas cortas y nudosas, torcidas, y la mano –aferrando una manilla colgante a su lado, lo que le permitía reclinarsse tan cómodamente, tan lujosamente en el interior del coche- igualmente nudosa y de dedos cortos... En fin, esos segundos (pura visión, una visión de total intensidad, sin atribuirle yo más cualidades que las que veía) fueron una visión de fiebre, una alucinación.”<sup>7</sup>**

Así nada más; basta una imagen, en unos segundos, para la creación en la “*imajenación*”. La presencia repentina del espectáculo irresistible de una catástrofe corporal:

**“El monstruo es a la vez espectáculo (*monstrare*) y señal [o advertencia] divina (*monere*). [...] Pues el monstruo es, en el sentido más pleno y más antiguo del término, una maravilla, es decir, un acontecimiento que sus raíces etimológicas (*mirabilis*) relacionan sobre todo con el campo de la mirada (*miror*), con un trastorno imprevisible de los escenarios perceptivos, con un abrir los ojos de par en par, con una aparición. Aparición de lo inhumano, de la negación del hombre**

<sup>6</sup> Courtine, Jean-Jacques. “El cuerpo inhumano”, En: V.V.A.A.: *Historia del cuerpo*. Bajo la dirección de Alain Corbin, Jean-Jacques Courtine, Georges Vigarello. Madrid, Taurus, 2005. pág. 365.

<sup>7</sup> Donoso, José. “*El niño deforme*”, *op.cit.* pág. 566.

**en el espectáculo del hombre vivo: <<El monstruo, es el vivo de valor negativo [...] Es la monstruosidad, y no la muerte, lo que es el contravalor vital>><sup>8</sup>**

Nuestra atención, entonces, en estos dos conceptos: monstruo y monstruoso. Courtine acaba de explicar las percepciones y efectos de lo que llamamos monstruo, mas lo monstruoso vendría a ser esa construcción “sociomental” (psicosocial) del monstruo o cuerpo deforme que connota un cuerpo inhumano. Continúa el autor francés:

**“Eso es lo monstruoso: no lo real, sino lo imaginario, la fabricación de un universo de imágenes y de palabras que supuestamente transcribe lo irrepresentable, el encuentro brutal, el choque frontal con la inhumanidad de un cuerpo humano. [...] Lo monstruoso es entonces la sustitución de monstruos reales por monstruos virtuales concebidos en un universo de signos.”<sup>9</sup>**

Si el acuerdo es mutuo no habrá discrepancias en creer que lo monstruoso –por todo lo anteriormente señalado- conlleva en sí, algo *demoníaco*, y es éste término el que agregaré con insistencia a la secuencia de ideas y metonimias ya expuestas para introducir más expresiones del estudio, previamente citado, del italiano Castelli. Por lo tanto:

**“Lo demoníaco, constituye, por el contrario, una sorpresa no absoluta, la sorpresa de la atracción. Dejarse entrever ocultándose, aguijonear la curiosidad y la ciencia de la investigación, a fin de ser buscado. Aludir es atraer, puesto que, si algo se insinúa (insinúa ser) y se exhibe como una existencia posible, la naturaleza humana querría saber de esa existencia; saber para participar: ansiedad. El hombre es naturaliter sociable. Lo oculto explota la doble condición del singulus y del socius.”<sup>10</sup>**

La sorpresa de la atracción aquí mencionada conlleva reconocimiento o al menos identificación, por eso no es sorpresa absoluta; algo sucede que ya está presente desde antes –y por eso la insinuación o pronunciación-, que ya lo conocíamos o entendíamos. Es como ver desde una perspectiva distinta el mundo de las ideas de Platón, entendiendo que, lo recordado es por olvido, que nacemos olvidados y nuestra tarea es volver a recordar *eso puro e ideal* que somos. “Gracias al recuerdo (la memoria) la seducción de lo bello reconduce a la belleza, aun cuando el impulso no haya dejado divisar los límites y haya prevalecido lo feo.”<sup>11</sup>

Evidentemente, Castelli trabaja destacando los dos polos de lo sublime y lo grotesco; la bondad y la maldad, polarizándolos aún más, mientras que la referencia a Platón es tal porque *insinúa* lo demoníaco sirviéndose en pos de la predominante y preponderante *Razón*; que, en *su* momento -se agradece-, fue iluminador; mas Hoy, es otro día, y las nubes que oscurecen la claridad, son otras (causalmente se parecen a ese mismo pedazo de razón poderosa y añeja que tanto pesa. Mediocre y pequeña razón). Lo demoníaco es, cuando practicamos ese trozo de razón:

**“El indicio (que en la doctrina platónica era causa ocasional del evocar) es, ahora, un convite a la nada, mera pro-vocatio a la que no sigue evocación alguna. No se trata, como en la doctrina del eidos –de la cosa en sí, de la verdadera**

<sup>8</sup> Courtine, Jean-Jacques. “El cuerpo inhumano”, *op.cit.* pág. 366-367.

<sup>9</sup> *Ibid.* pág. 368.

<sup>10</sup> Castelli, Enrico. “Lo oculto”, *cap.3, op.cit.* pág. 29.

<sup>11</sup> Castelli, Enrico. “La seducción de lo horrible”, *cap.4, op.cit.* pág. 33.

**realidad- sobre su <<borrador>>, el mundo sensible, el mundo de las sombras. De lo infernal no hay borradores; lo infernal es una realidad sui generis.”<sup>12</sup>**

Y esa realidad *sui generis* es la única permitida y acaecida en el arte, y eso incluye *El obsceno pájaro de la noche*. Es, además, la propia temática puesta en abismo –por esos signos pro.vocadores que ocultan lo demoníaco de la ausencia y la nada-. Tras las enmascaradas transformaciones del ser que juega a no-ser-yo-pero-sí-otro, encontramos la *inmovilidad* de lo fantástico como un viaje –excusado y requerido- del autor-artista con su, ahora, desoculta pero metaforizada perversión. Es, nada más, una alternativa otra. Otra manera de hacerse responsable y de conocerse a uno mismo.

Agregaría, de todas formas, a la reflexión de Castelli, que la mentada ansiedad, es ansiedad del reconocimiento e identificación (que tanto recalco) en su potencial humano; es decir, en su posibilidad de ser, de proyectarse y aparecer. La insinuación fenoménica atrae, por su luz connatural, a este *otro* fragmento de luz que significa y conforma el cuerpo mismo del ser humano. Por supuesto que es tal la gravedad magnética de la atracción; más si se goza de un cuerpo bien denso de luz, bien material y sensorial *que pide otro cuerpo*. “El impulso viene a ser una potenciación del ser humano. En efecto, tenemos impulsos (*cupiditas*) cuando carecemos de algo que nos urge. Allega el impulso.”<sup>13</sup> Ahora bien:

**“El porqué de lo ignoto es en definitiva el porqué del saber que debe desplegarse siguiendo una determinada técnica, para descubrir lo que está encubierto. Lo ignoto del porqué es el misterio del deseo de interrogar para saber. El misterio de la concupiscencia inteligible. El ansia (*cupidigia*) de la pregunta ininterrumpida. [...] Lo oculto va a parar al dominio de Satanás cuando surge para hacernos peregrinar en la búsqueda.[...] y el llamado (el indicio) está para esconder, no para mostrar.”<sup>14</sup>**

Por eso la calidad connotada de *lo demoníaco* en la novela que desata en la oscuridad del ser, lo que no puede ser mostrado en escena; *lo obsceno* que como una parte, queda fuera del todo.

Y de a poco todo encaja: ¿Por qué es *El obsceno pájaro de la noche* lo que se desenvuelve como una *verdad* que sólo es *verdad* al remover en lo oscuro y profundo del ser del hombre?, ¿Por qué sucede que las descripciones maravillosas y asquerosas, pareciera, provocan el nauseabundo reconocimiento de nuestro ser, la identificación que es *anagnóresis* de nuestra humanidad que, en su presencia negativa, es demasiado humana; demasiado, hasta desbordar en su contrario in.humano, monstruoso? Reconocimiento, compasión y catarsis. Así somos, asquerosos también, y es lo que provoca, es lo que incomoda, y es lo que enloquece a quien se esconde, finalmente, de sí mismo. Compasión y catarsis de nuestra monstruosa y privada interioridad. Quien no se reconoce bipolar, no *comprende* la monstruosidad que le embarga cuando desespera en sucias convulsiones.

<sup>12</sup> Castelli, Enrico. “Lo oculto”, cap.3, op.cit. pág. 30.

<sup>13</sup> Castelli, Enrico. “La seducción de lo horrible”, cap.4, op.cit. pág. 32.

<sup>14</sup> Castelli, Enrico. “Lo oculto”, cap.3, op.cit pág. 31.

# MONSTRUOS DESINCORPORADOS

**“La historia de los monstruos es también, pues, la de las miradas que se fijaron sobre ellos: la de los dispositivos materiales que inscribían a los cuerpos monstruosos en un régimen particular de visibilidad, la de los signos y de las visiones que los representaban, pero también de las emociones que se sienten a la vista de la deformidad humana.**

**[...] el monstruo concentra las angustias colectivas y conserva en la mentalidad de la gente muchos de los rasgos del lugar que ayer era aún el suyo.”<sup>15</sup>**

Es el respetuoso y distante miedo de volverse anormal, de contagiarse de ese *error* catastrófico que es la deformidad. Miedo al contagio cual “enfermedad del monstruo” es la monstruosidad o su equivalente deformidad espiritual, enfermedad que por cierto, se le ha preparado una *cura*, una *solución* que es signo de *normalización*, control y sujeción; lo que nos recuerda el trabajo hecho por Michel Foucault, cuando sistematiza bajo los conceptos del poder, el saber y el cuerpo, la historia de la locura y la de la sexualidad develando los ocultos dispositivos y prótesis que operan sigilosamente dentro de la sociedad a través de la reclusión y acondicionamiento químico en el caso de la locura, nueva “enfermedad mental” y la manipulación pastoral, que en el caso del cristianismo, atiende y suspende el tabú sexual. Imposiciones racionales y racionadas por parte del Estado permisivo (y represivo) que vigila, juzga y castiga. Ya nada se deja ser en su individualidad, el afán de uniformizar para su fácil manejo a la masa de personas, o rebaño, decanta en la aplicación de re.veladas técnicas de aprendizaje de autocontrol o autosujeción conocidas como “exámenes de autoconciencia” o simplemente con la forma del “autoconocimiento”, por supuesto que, ajenamente manejado.

Lo que los antiguos griegos trabajaban pedagógicamente como un deber, *epiméleia heautoû*, “ocuparse de sí” o cuidado de sí; es ahora reactualizado para la activación dentro del sistema en pos de la productividad económica. Ahora, este dispositivo de poder, aplicado a la monstruosidad, se ejerce en la mirada a través del atractivo espectáculo plástico que conlleva la imagen de lo disforme y desordenado; de lo caótico. El negativo de la norma, la imagen invertida que enseña lo que *no* ha de hacerse. Voyeurismo en favor del acondicionamiento. “Una fórmula límpida de Georges Canguilhem elucida esta relación entre el monstruo y la norma: <<En el siglo XIX, el loco está en el asilo donde sirve para enseñar la razón, y el monstruo está en el frasco del embriólogo, donde sirve para enseñar la norma>>.”<sup>16</sup>

Mencionamos, también, el necesario y atrayente choque visual, de ese golpe descolocador que es extrañamiento y transgresión por enfrentarse a esa mezcla rara; mezcla que es también de temor, repugnancia y fascinación atrapante. Entonces, la atracción no es exclusivamente estética; se remueve algo en nosotros, humanos todos, como una provocación –visual, sensorial- recepcionada por la mente y materializada por ella, que va *más allá del cuerpo físico*, pero que no deja de manifestarse en él, y que

<sup>15</sup> Courtine, Jean-Jacques. “El cuerpo anormal, Historia y antropología culturales de la deformidad”, *op.cit.*, pág. 203 y 205.

<sup>16</sup> Ibid. pág. 206.

Courtine lo señala en su texto con el concepto de *signos*: indicios de algo que está lejano y próximo, indecible ciertamente:

**“Pues es al poner cierta distancia poco a poco con la inquietante proximidad de los cuerpos monstruosos, al tratar de disimular bajo signos su alteridad radical, inventando puestas en escena tendentes a atenuar la turbación que llevan en sí, cuando se hace figurar a esos cuerpos <<birriosos>> entre los primeros actores contemporáneos de la diversión masiva. Es, pues, fundamental separar el momento del cara a cara con el monstruo del cuerpo del monstruo, la presencia de este último en el campo inmediato de la observación, su proximidad corporal con el espectador, de todas las formas, comunes o científicas, de su representación. Es preciso, en otros términos, distinguir al monstruo de lo monstruoso y saber encontrar la singularidad del cuerpo bajo la proliferación de los signos.”<sup>17</sup> Además, siguiendo con el tema del espectáculo del monstruo y su atracción: “Si el cuerpo del monstruo vivo provoca ese aleteo de la mirada, si ocasiona semejante choque perceptivo, es debido a la violencia que provoca en el propio cuerpo del que posa los ojos en él. La incorporación imaginada de la deformidad turba la imagen de la integridad corporal del espectador, amenaza su unidad vital. [...] sentir en el seno de la imagen del cuerpo propio no la presencia de un miembro ausente, sino la ausencia de un miembro presente. [...] El espectador de la barraca va a perder, frente al monstruo, una parte de su cuerpo, y luego a recuperarla.”<sup>18</sup> Ojo: son los mirones obscenos tras más caras.**

Es el alivio de la hilaridad nos dice Courtine; el juego que juega, por suerte, a ser, por un rato, como el otro... sí, el cuerpo deforme es ajeno, pero la monstruosidad en potencia, de todos. “Lo que nosotros sentimos de la obscenidad del espectáculo, de la degradación de sus actores, del carácter pornográfico de la sollicitación visual, todo lo que en esta exhibición hiera la sensibilidad en que se ha convertido la nuestra, todo eso fue lo que atraía en otros tiempos a los parisinos que buscaban distracciones”<sup>19</sup>. Distracciones y sollicitaciones que remezcan el aburrimiento de ser siempre los mismos, sin saber realmente quienes somos. Más claro tenemos, parece, la identidad ajena, lista para absorber, mas cuando en realidad, si nos abocáramos a nosotros mismos y a un real autoconocimiento, sin disposiciones y dispositivos ajenos, no tendríamos tiempo para aburrirnos ni distraernos puesto que aquella pre.ocupación nos ocuparía hasta la muerte.

**“El tú es más antiguo que el yo; el tú ha sido santificado, pero el yo, todavía no: por eso corre el hombre hacia el prójimo. [...] Cuando huís hacia el prójimo huís de vosotros mismos, y quisierais hacer de eso una virtud: pero yo penetro vuestro <<desinterés>>”. Así habló Zaratustra.**

20

De este choque perceptivo por la identificación, de esta *anagnóresis* que lleva al remordimiento y a la compasión y también al juego sensorial de la diversión, es que el monstruo es monstruoso. No sólo por ser feo, sino por ser la proyección de lo políticamente

<sup>17</sup> *Ibid.* pág. 215.

<sup>18</sup> *Ibid.* pág. 217.

<sup>19</sup> *Ibid.* pág. 222.

<sup>20</sup> Nietzsche, Friedrich. “Del amor al prójimo”, En: *Así habló Zaratustra, un libro para todos y para nadie. Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual. Madrid, Ed. Alianza, 1997, pág. 102-103.*

incorrecto, y con esto me refiero a las convenciones sociales que nos obligan, a través de intrínsecos mecanismos, a comportarnos y lucir en apariencias, de cierto y no otro modo. Sin embargo, porque la naturaleza es incansable en su apelación sublime, es espontánea, sincera, auténtica e inalcanzable en sus creaturas, es que no dejaremos de ver los milagros de la deformidad; así como tampoco esta sociedad de voluntades pasivas y activas, legal y permitida, dejará de producir pobres vagabundos, andariego marginales y asquerosos mendigos. Todos *ellos* con la locura brillando en los ojos. Todos, *nosotros* los *normales*, los *otros*, esquivando con remordimiento o hipnotizados con fascinación e inexplicable (inmemorable) obsesión, la mirada fustigante y la expresión sin vergüenza del escarnio. Algo tienen, algo que es distinto a mí y en eso pareciera que se burlan y atraen, en eso está mi (des)engaño. Porque saben de *su poder*, de su fuerza y magnetismo; es esa misma obscena potencia del Mudito que absorbe la impotencia, flácida, de don Jerónimo. Es la virtud del desterrado desconocido más libre que el terrateniente aristócrata, es la risotada indecorosa, desdentada y prepotente, más libre y verdadera que la sonrisa blanqueada y perfecta del reluciente *anti.faz*. Finalmente el juego es doble; finalmente siempre se quiere *ser el otro*, las fuerzas antagónicas son el equilibrio. Y en este juego de des.identificaciones y disfraces va apareciendo la *enfermiza naturaleza* de transgredir, de traspasar e ir más allá de lo permitido.

Las *máscaras*. El cosmético que rinde y posibilita *más caras*, precisamente. Renegando la verdadera *imagen* al ocultarla en otra imagen. La inexorablemente insostenible falsedad que, de alguna forma, cede; el *anti.faz* cae por su propio peso, el maquillaje se estropea y se corre desgastado, deviniendo así y por último, el vergonzoso y doloroso desenmascaramiento, que *debe ser reconocimiento*. Al respecto, una nutritiva reflexión de Castelli que, entre otras cosas, deja en claro la máscara-cáscara misma que es el *arte* (cada artista se enmascara descaradamente en su arte):

**“Detrás de la máscara es la imagen, lo existente, lo real. Aún más, la máscara es un acceso a la realidad, a la imagen real que subyace tras la máscara; es un acceso tanto más asequible, cuando más consigue hacerse símbolo, traducir lo real condensándolo, excediendo en aquello que la imagen simbolizada no deja ver. La máscara es una aclaración y no una forma de ocultamiento; exalta, no amengua. Es verdad que nos enmascaramos con el fin de escondernos, pero no para ocultar la imagen que la imagen representa. Una imagen que ocultase la imagen de la máscara, sería una máscara malograda; evidentemente, no sería una máscara. Nos escondemos, enmascarándonos, para asumir la realidad de la imagen que el enmascaramiento simboliza; no un puro ocultarse, sino un ocultarse en otro. Una tentativa de mejor traducción. La máscara no resulta de un ansia de deformación; es búsqueda de la conformidad: un potenciamiento del ser.”<sup>21</sup>**

El Mudito quiere la cabeza de cartón piedra, la máscara del Gigante para así pertenecer a algo distinto a sí. Diferir de sí y formar parte de la pareja feliz. Ser el otro apropiándose de sus desperdicios e intimidades más sucias, de eso tan encarecidamente celado y protegido, así como queriendo olvidarlo por negarlo.

**No se vayan a confundir sobre ti. No se vayan a equivocar creyendo que eres o haces cosas que no son, que no corresponden con tu imagen, con tu cara con lo que tú muestras. Ojo: se trata de esconder errores y verdades. “Me la pones**

<sup>21</sup> Castelli, Enrico. “Lo fantástico”, cap.1, op.cit. pág. 22-23.

***encima, ritualmente, como el obispo mitrado coronando al rey, anulando con la nueva investidura toda existencia previa, todas, el Mudito, el secretario de don Jerónimo, el perro de la Iris, Humberto Peñaloza el sensible prosista que nos entrega en estas tenues páginas una visión tan sentida y artística del mundo desvanecido de antaño cuando la primavera de la inocencia florecía en jardines de glicinas, la séptima bruja, todos nos disolvimos en la oscuridad de adentro de la máscara.***<sup>22</sup>

Los otros carentes de facciones, deformes y sin rostro, los habitantes desconocidos y marginales que rodean, -acechan, vigilan escondidos- con su sola presencia-mirada a la burbuja segura del hogar; esa legalidad cómoda de la Casa, territorio reconocido por sus dueños que *son* y *tienen algo*: esos terratenientes, "alguienes con rostro" opuestos a los intrusos invasores, perturbadores. Son los mirones impertinentes e intrometidos que te conocen y observan en privado, en intimidad intimidante, incómoda, insegura, quienes *son seducidos* por el neón del renombre, a la vez que conforman la seducción endemoniada por ser los desconocidos; aquella incerteza y no-control sobre la posibilidad ajena, en potencia proyectada, es la que asusta:

***"Esta, la seducción demoníaca; el reino de la definitiva inconsistencia o, también, el reino de lo monstruoso; de aquello que irrumpe sin que sea posible divisar el origen de su aparecer, que sería el término de su apariencia; de aquello que no posee natura, ya que apenas se intenta asirla, ésta se transforma en otra, y luego en otra, y en otra todavía, y así, hasta el infinito; de aquello en fin, que no es posante, que no puede posar y, por ende, tanto menos reposar.***<sup>23</sup>

Porque aparece y no vemos cómo ni de dónde aparece, sin un origen cierto que no sea mítico. Conociendo el origen de la enfermedad se puede curar. Lo monstruoso no tiene cura porque no tiene naturaleza reconocida, entendible o razonable, repetible, comprobable, más bien muda cuando cambia la perspectiva de quien padece lo monstruoso. Siempre es distinta en su forma y metonímica en su sublime descripción que maravilla y aterriza (paraliza aferrado a la tierra, en la tierra, entierra). Hombre indefinido, sin naturaleza, desnaturalizado.

***"¿Las vías de la razón? Ilusiones. Si se quiere recorrer se llega a la conclusión que <<lo>> sentido (el objeto del sentir) es inseparable de quien siente, que la unidad del sentir viene del objeto, y que el sujeto que no puede salir fuera de sí; demencia, el pretenderlo. Sólo razona a condición de reentrar en sí, e indefinidamente. Concluye la dialéctica: lo demoníaco no existe fuera de nosotros. Si existe es inmanente a la consciencia. He aquí el momento lúcido del delirium condenatorio. Reentrando en sí por los fueros de la razón, el hombre encuentra a Satanás. Es razonablemente demoníaco. Las vías de la razón pura no llevan a otra parte que a la pura razón que no tiene razón alguna de encontrar otra cosa, que no sea ella misma"***<sup>24</sup>

Por esto es que lo que *pasa* o se piensa en la mente tiene su manifestación, desde un principio y finalmente, en el cuerpo. El entrenamiento para la superación del exagerado extremismo debe comprender un perfecto alineamiento de nuestros cuerpos (al menos el mental y el emocional, que se permiten gracias al físico), esto significará mayores

<sup>22</sup> Donoso, José. *op.cit.* pág. 100.

<sup>23</sup> Castelli, Enrico. "Introducción", *op.cit.* pág. 12

<sup>24</sup> Castelli, Enrico. "La seducción de lo horrible", *op.cit.* pág. 35.

posibilidades para afrontar cualquier desequilibrio y soportar cualquier tendiente y amable tentación que se nos pueda presentar. Esta es una forma más de lo sublime traducida en una unión indisoluble e inolvidable como inexorable condena para con el cuerpo; que de ahí *no podemos caernos* se ha dicho y redicho. Simplemente, no podemos dejar de sentir ni de percibir estímulos, por muy horripilantes y repulsivos que éstos sean, por ende, para no marearse hay que aprender a discernir el sentir.

***“Lo demoníaco desencadenado, para conquistar la presa humana, sabe que la máxima seducción es la del abismo: lo horrible. Abyssus abyssum invocat. Lo monstruoso es su efecto más sobresaliente. ¿Seducción? Sí, seducir es atraer. Y cuando la unidad del ser humano se halla escindida tanto que sus partes, si puede decirse así, carecen de conexión, los sentimientos adhieren naturalmente a <<lo>> sentido. El caer de <<lo>> sentido, objeto del sentir ya no se distingue del ser que siente porque este ha perdido precisamente, su unidad de ser. El ímpetu demoníaco ha divorciado y de este modo la seducción alcanza su máxima intensidad; el objeto (el demonio) ha seducido al sujeto humano a tal grado que éste ya no sabe cómo distinguirse del objeto de su sentir. [...] Lo monstruoso resulta ser la más aterradora tentación. Cuidarnos del más mínimo gesto vinculante a las potencias de la disgregación, negarnos a considerar el mundo disgregado como existencia: esto exige la salvación.”<sup>25</sup>***

El sentimiento, entonces, *sólo y único*, se vuelve sentir, y es todo lo que se siente, todo lo que existe sin mayor razón. Cuando el demonio ha “vencido” es porque ha cargado su peso, ha atraído o connotado además, hacia sólo un extremo. En oposición, *por el otro lado*: “El don de la Gracia es una seducción sobrenatural que mantiene la unidad de la conciencia y del sentimiento”<sup>26</sup>, y creo que es así puesto que no puede haber unidad de conciencia y sentimiento, o sea Gracia, sin considerar el otro extremo; es como vivir la vida de manera equilibrada pero *tendiendo* en satisfacción y gusto a lo menos feo, a lo agradable que también tiene su fuerza de gravedad, pero sí, menos densa y por ello más dificultosa de sostener, mantener.

Sin la intención de abrumar al lector, quisiera adjuntar justo aquí otra cita de un romántico monumento: don Víctor Hugo, que cae a estas líneas como responsable por su enamorada insistencia del grotesco en boga, frente al simplismo insuficiente de la apolínea belleza (“Ay”, exclamo yo, si finalmente, *todo extremo resulta insuficiente*).

***“Y es que lo bello, hablando humanamente, no es sino la forma considerada en su relación más simple, en su simetría más absoluta, en su armonía más íntimamente vinculada a nuestra organización. Por ello nos ofrece siempre un conjunto completo, pero limitado como nosotros mismos. Por el contrario, lo que denominamos lo feo es un detalle de un gran conjunto que nos escapa y que armoniza, no ya con el hombre, sino con la creación entera. He aquí porqué nos presenta sin cesar aspectos nuevos pero incompletos.”<sup>27</sup>***

Don Hugo prefiere connotar la creación del arte en su sentido más *grotesco* porque lo considera cual detalle (o “descuido”) que abre y permite, que nos recuerda o remite, o

<sup>25</sup> *Ibid.* pág. 34-35.

<sup>26</sup> *Ibid.* pág. 34.

<sup>27</sup> Hugo, Víctor. “Prólogo a Cromwell” [Apuntes Literatura Hispanoamericana], En: *Manifiesto romántico*. Barcelona, Ed. Península, 1971, pág. 37-38.

simplemente indica, eso total armónico, bello y *sublime*. Entonces, concluyo para aclarar, que tanto lo grotesco terrible, es decir, de la tierra, como lo sublime bello y celestial, es decir, del cielo, son inalcanzables en su conformante universalidad, es decir: *el sublime absoluto*. Y así es como entiendo yo el arcaico término schilleriano.

Más adelante don Hugo recapacita y dice más centrado: “Ya que la poesía verdadera, la poesía completa está en la armonía de los contrarios.”<sup>28</sup>

Porque en el fondo y de todas formas vista la cuestión, no deberíamos creer en la habitabilidad de un extremo solamente; *-un* que no es *unidad*, *un* que sí supone otro: *un segundo*. Porque ya que en la dis.tracción del pensamiento unilateral y no unívoco, perdemos la *concentración*, es que deberíamos *re.sistir entre.tenidos* manteniéndonos en equilibrio, en medio de las dos fuerzas. Se debe estar firmes y flexibles, rígidos de atención pero observando(nos) sin tensión, relajados. Atento para la pertinente re.acción, sin caer.

Porque justamente algo excede, exagera y sobra estorbando en el cuerpo monstruoso. Es la desproporcionada indeterminación, indefinida y demoníaca, que trae consigo la desconfianza de la in.identificación. El exceso voluptuoso del cuerpo monstruo y monstruoso es la desarmonía. “Pecado de deformación por supraformación”<sup>29</sup>. O, de lo contrario, pecado por la subformación; la carencia en mí de alguna forma presente en otro.

“Encarnación de un <<más>> que no puede ser soportado. Su conocimiento sirve de freno, y esta visión del exceso que nos ofrece el artista es por sí misma una lección persuasiva y una advertencia.”<sup>30</sup> La advertencia de lo que *no puede ser soportado*, no es soportado ni sostenido por ninguna forma, ningún contorno. La nota musical del sonido, la imagen y la forma del pensamiento son los contornos de la sabiduría que sirve de freno, y en esta práctica incompleta donde el “contenido” se *escapa* de la forma; deviene el sentimiento sublime recién definido.

A propósito de lo sublime absoluto, son *persuasión y advertencia*, que pertenecen al campo temporal *previo* de la huella y del indicio (que señalan), al mismo tiempo; no son una realidad fenoménicamente material en su momento de aparecimiento o existencia. No surgen ni suceden en *su* instante; *su* momento de gloria y majestad no reina sino en la concepción que es pre.concepción solamente (como la mera pro.vocatio demoníaca anteriormente explicada por Castelli). Por ende, sigue así siendo el arte como creación humana inalcanzable en su expresión e inabarcable en su *sensación*... Y lo sigo diciendo así, con palabras y más palabras sólo por jugar, actuar o ensayar y por todo lo demás, errar. Me equivoco eternamente al osar nombrar eso innombrable, huidizo, inaprehensible (y basta: que puedo escribir y seguir escribiendo que es también *obsceno*).

Decíamos que aparecen las distintas caras y máscaras colgantes y sobrantes las distintas facetas (caretas) de un mismo personaje que lo hacen siempre y constantemente desconocido; irreconocible para el espectador, pero cierta y suficientemente decidida:

**“Esta bi o trifacialidad es simplemente un modo de aludir a lo que no tiene la posibilidad de expresar una consistencia, si es sólo el aparecer de un rostro: exclusivamente la cáscara o la máscara de una cara. Anticipación alegórica de las masas, prelude al todos, o sea, al ninguno.”<sup>31</sup>**

<sup>28</sup> Ibíd. pág. 46.

<sup>29</sup> Castelli, Enrico. “La seducción de lo horrible”, op.cit. pág. 32.

<sup>30</sup> Ibíd.

<sup>31</sup> Castelli, Enrico. “Introducción”, op.cit. pág. 12.

Nuevamente jugamos con las presencias y las ausencias de los *nadies* y los *alguienes*, de las identidades con rostro y de los que no tienen más que máscaras para esconder develando la *in.formación* necesaria para entender esa parte bestial y dionisiaca (que es también dios) del hombre.

**“Se representa al demonio como la inconsistencia de una naturaleza humana o bestial, pero, sólo en la medida en que la bestia no es más que un aspecto del ser humano, vale decir, un trozo de corporeidad sin inteligencia; con pasión sí, y con qué pasión destructiva. Bestia que espanta: ímpetu de toro enceguecido, ensañamiento que tiende a desmembrar, a deshacer, a fin de que un ser no sea en absoluto.”**<sup>32</sup>

Quizás la necesidad del monstruo-demonio “cayente o caedor” (quiero decir que cae), es aferrarse siempre un tanto –inseguro- del más débil cuerpo humano de hombre natural, normal. El magnetismo entre cuerpos atrae, de infinitas maneras, siempre tienta. Los monstruos de *El obsceno pájaro de la noche* necesitan del cuerpo y la sangre normales de Humberto, en su tentativa de ser. Pues sobrevive con mayor fuerza ese sentimiento y la sensación de que no te perteneces porque la mediocridad y lo miserable de tu masa corpórea, carne o cuerpo, *necesita ser algo más que nada*.

**“La tentación es demoniaca, un directo interponerse de las potencias del mal. [...] Lo demoniaco es ese no ser que surge como agresión pura: el ser desquiciado. [...] Tormento y tentación son para el artista una misma cosa. La atracción por el vacío se transforma en vértigo si ya no sabemos a qué aferrarnos. [...] Si los brazos no saben abrazar, repelen. El aislamiento es condenatorio y la tentación representa el abisal sentimiento de estar solos: para vencerlo no existe otra vía que participar de lo divino.”**<sup>33</sup>

El ritual dionisiaco comprende todas estas solicitudes vertiginosas al integrarse en la danza la exaltación desbordada y catártica del cuerpo poseído y extasiado por la verdad natural y alucinante de la divinidad.

Además, se vislumbra en esta cita el miedo a la soledad. No existe mayor temor que quedarnos a solas con nosotros mismos, por eso la religión en su institución, el consumo en su mercado, y la televisión en su dormitorio. Las opciones dentro de una vida corriente, actual y en sociedad, sí consideran astutamente esta naturaleza dual, divina y demoniaca, con su respectiva salvación y condena, así como con su respectivo cosmético; poderoso maquillaje que cubre la ilusión de la “soledad” con el deseo de la embellecedora “atracción”.

Hasta en estos detalles (¿grotescos?) que son rituales de la vida cotidiana –inercias pesadas, densas, fuertemente arraigadas y significativamente importantes-, es que el sistema social se ha perfeccionado para lograr, en perfecto equilibrio hegemónico, mantener la ignorancia y desigualdad que es quietismo en sociedad, estabilizando el funcionamiento de la reciprocidad y retroalimentación *macrodestructivas*; y digo destructivas porque no acompañan el desarrollo en potencia de las facultades *humanas* de *todos* los humanos, o, en simples palabras; la sociedad falta y falla en cuanto oportunidades, en cuanto verdadera soberanía. Lo ofrecido, gratuitamente y casi por obligación, al consumidor, son condiciones necesariamente negativas y disminuidoras que ahondan la *-siempre-contraparte*; el lado que secunda, “lado B”, por lo general, el lado feo, el indeseable, el escondido, el delegado y nunca enfrentado porque es el lado desplazado y fragmentado,

<sup>32</sup> *Ibid.*

<sup>33</sup> *Castelli, Enrico. "Advertencia" e "Introducción", op.cit. pág. 9 y 11.*

guardado y escondido, burlado, desestimado, ocultado, negado, exiliado, desaparecido, recriminado y discriminado, atentado, amenazado y asesinado, violado, horrible, oscuro y obsceno. El lado que sostiene, cual infraestructura para su existencia, al lado positivo; el "A", el que se devela sin más problema y sin vergüenza, es el demostrado y refregado incluso, el que se discute abiertamente, legaliza, ilumina y sobreestima. Es el que se imagina con derechos de autor y se plasma reconocido, aceptado y unívoco dentro del canon. El lado que disfruta, cómodamente, como parásito de los placeres materiales que han fabricado los invisibles obradores-obreros oscuramente empleados en hacer el trabajo sucio, difícil y cochino.

Ambas caras se corresponden analógicamente tanto en un nivel macro, de sociedad, como en su nivel micro, personal. Y sí, claro que tiene consecuencias los juegos habituales de humanos, aún más entendibles y asibles hoy día, aún más potentes y evidentes hoy día; asistimos con privilegio al espectáculo posmodernista que repliega en sí las repercusiones y consecuencias propias de un auto.abismarse que *fecunda porvenir sobre la nada*. Porque tanto yo como el ave Fénix todavía creemos en la ardiente superación del fuego que purifica, y que sólo de la nada puede surgir algo, porque sólo estando solos y comprendiendo que estamos solos, nos juntaremos, ¿no es así?.

***“El más rico en plenitud de la vida, el dios y el hombre dionisiaco, no sólo puede permitirse la visión de lo terrible y de lo cuestionable, sino también la acción terrible y cualquier lujo de destrucción, descomposición, negación, lo malvado, insensato y espantoso, aparecen en él, por decirlo así, permitidos, a consecuencia de un exceso de fuerzas generadoras, fecundantes, que están en condición de producir en cada desierto una abundante tierra fértil todavía.”***<sup>34</sup>

Por lo tanto, dentro de la dualidad de estructuras infra y súper, se entiende ya como necesaria la empiria de la *náusea* (y esto me recuerda, también, la ciencia patafísica de Jarry). Es el resultado goliardo del exceso lo que produce la náusea: como una advertencia y un profundo llamado a la atención o re.focalización, a la re.consideración y ojalá -desde la sensación que comporta la disolución y su consecuente *nuevo* comienzo obligado-, a su próspera corrección. Se trata de asumir y hacerse cargo, también, de lo asqueroso.

***“Lo asqueroso pertenece a una de las tramas de lo horrendo: no se le puede coger, justamente porque es repulsivo. Mas, ¿y si lo repulsivo se ofrece como siendo lo real? ¿Y si lo asqueroso, es decir, aquello en lo que no nos podemos detener porque repugna, resulta ser lo permanente? Entonces, sólo la náusea es nuestra realidad; y la pura náusea, la náusea absoluta, la que no comporta otra cosa, equivale a la disolución. [...] La repulsión es el resultado de lo horrendo, la repulsión como realidad de la nada, no la repulsión de algo (de una pasión, de un deseo, de una veleidad) a favor de otra cosa, sino exclusivamente la repulsión; en último análisis: la desesperada soledad que traduce lo horrendo es términos existenciales.”***<sup>35</sup>

Volvemos a hablar de soledad, Nietzsche lo recuerda con otra forma, más ácidamente optimista: “Vuestro mal amor a vosotros mismos es lo que os trueca la soledad en prisión”<sup>36</sup>

<sup>34</sup> Nietzsche, Friedrich. “¿Qué es el romanticismo?”, Apartado 370, Libro V, En: *La ciencia jovial: “La Gaya Scienza”*, Traducción de José Jara, Caracas, Ed. Monte Avila, 1992, pág. 240.

<sup>35</sup> Castelli, Enrico. “El capricho y lo horrendo”, cap. 5, op.cit. pág. 41.

<sup>36</sup> Nietzsche, Friedrich. “Del amor al prójimo”, op.cit. pág. 103.

La re.pulsión te devuelve con la misma fuerza o pulsión que una vez te atrajo, es impulso de la vida a la nada, de la presencia a la ausencia. Es no querer más nada, ni otro ni *nada*. Es quedarse en soledad, pero debo decir que es quedarse en *fecunda* soledad. Debo decir que si la disposición mental está a favor del aprendizaje, pues entonces la soledad no es el final, *algo le debe* seguir puesto que nada existe ante la vida en soledad; soledad es como decir armonía universal: total integración. También así, nada es como decir todo y silencio como decir AUM.

**“Ser desapasionados verdaderamente es ser desapasionados en la soledad.” - Libro de la Sabiduría Eterna, Suso.**

La reciprocidad que hemos estado dilucidando sobre las diversas relaciones aquí establecidas; ya sea, amo-esclavo, parásito-huésped, divino-demoníaco, monstruoso-gracioso o grotesco-sublime, guarda un poder importante y peligroso que debe ser firmemente respetado, inalterado. Es un ciclo que funciona siguiendo su rumbo. La reciprocidad que guarda su supervivencia en el flujo constante de su movimiento, en el rodar, en el circular interminable e infatigable del sentido-significado de la naturaleza en sí. Nada se queda inmóvil dentro del orden, se superponen y sobreponen indiscriminadamente. Funcionan con la misma religiosidad, en el mismo ritual, ambos, por siempre. Así, la dialéctica. Así, la paridad inexorable de la contradicción, del pasivo y el activo que a su vez es activo-pasivo, pasivo-activo... En fin, los dos polos en apariencia y forma son distintos, mas en la realidad de su contenido y esencia, son lo mismo, pertenecen a la misma naturaleza *una*, están hechos –consisten- de lo mismo, incluso para un mismo fin: pesar y hacer girar la rueda activando el círculo y su ritmo.

Conviven juntos como un solo elemento en el espacio, con forma y volumen, unidad microcósmica dentro del *caos cósmico* que es el análogo o analogía del gran cosmos. Cito al *Nietzsche* de Heidegger para pulir esta idea y atraerla, aún más, hacia el cuerpo:

**“Con caos Nietzsche no alude a lo simplemente confuso en lo que hace a su confusión, ni a lo no ordenado como consecuencia de la negligencia de todo orden, sino a aquello que impulsa, fluye y se mueve y cuyo orden está oculto, cuya ley no conocemos de modo inmediato... Caos es el nombre de un peculiar proyecto previo del mundo en su totalidad y de su imperar. Nuevamente parece, y ahora con la mayor fuerza, que está aquí en obra un pensar ilimitadamente “biológico”, un pensar que representa el mundo como un “cuerpo” llevado a dimensiones gigantescas, cuya vida y cuyo vivir corporal constituyen el ente en su totalidad, haciendo así que el ser aparezca como un “devenir”... Pero en la medida en que el cuerpo es para Nietzsche una formación de dominio, caos no puede aludir a un absoluto desorden sino al ocultamiento de la indómita riqueza del devenir y fluir del mundo en su totalidad...”<sup>37</sup>**

Conviven juntos como dos caras co(n)formantes de una misma cosa: Naturaleza. Eso significa el símbolo que es también sello; la doble conformación desde el más mínimo elemento de la materia del universo (hasta donde yo sé). Por eso no existe *el uno* sino como señal de unidad. El comienzo comenzó con la dualidad del *par*, de un lado y del otro; el acoplamiento de, quizás, dos átomos o neutrones o protones yo qué sé, para conformar la molécula. El derecho a la existencia de la polaridad por la existencia misma, la percibe hasta el monstruo más arquetípico de la historia construido por Mary Shelley, aunque demasiado romántico al querer desprenderse, ilusa y completamente, de su lado monstruo:

<sup>37</sup> Heidegger, Martín. *Nietzsche I*, vol. 1. Traducción de Juan Luis Vernal, Barcelona, Ed. Destino, 2000, pág. 454.

**“Si no puedo alcanzar el afecto y el amor entonces el vicio y el crimen serán mis objetivos. [...] Mis vicios sólo son el fruto de tan forzosa y aborrecida soledad. Mis virtudes, por el contrario, se desarrollarán naturalmente cuando tenga a mi lado el afecto de otra criatura. Los sentimientos cariñosos de mi compañera me transformarán y, así, podré incorporarme al hermoso ciclo universal del que ahora estoy tan cruelmente excluido.”<sup>38</sup>**

Y sin embargo, todas las consecuencias de la vida misma están polarizadas en el bien y el mal, en la virtud y el vicio, cosmos y caos etc. Y quiero decir que ése es el hermoso ciclo universal; ahí (aquí mismo) coexisten como acción-sentida y repercuten como re.acción-re.sentida. La dualidad es natural. Por eso resulta mediática la soledad que aquí aparece como la condición *forzosa*, es decir, *antinatural* del ser mismo del hombre-monstruoso, o humano-inhumano; ya sabemos que el monstruo de Frankenstein es un espíritu humano *deformado* en un cuerpo monstruo y, justamente, *por ser humano*, su potencial pertenece a lo monstruoso. A su vez, es la explícita creación que brota de la inhumanidad –experiencial y curiosa o quizás hasta insolentemente ambiciosa- de un hombre, Frankenstein padre, que quiere ser creador y recreador de vida. Un pequeño dios discapacitado que no sabe poner en orden y armonía la balanceada sinfonía de la existencia.

Complejizemos por un instante más el reiterado asunto. Castelli propone:

**“Pero el pequeño y grotesco personaje infernal tiene sin cuidado: es un ser malvado que empuja hacia delante la naturaleza. Se tiene la impresión de estar frente a un elemento <<fuera de sitio>>. Y no está en primer plano el malvado; se mueve entre las bambalinas. Una vez más la naturaleza es la fachada que se abre camino.”<sup>39</sup>**

He dicho ya que todo tiene su *debido* lugar. “Aquí, en la verdad, todo es” y nada queda fuera de sitio. Sólo la creación humana (del hombre) re.crea y desdobra el es, superponiendo sitios; duplicando, aún más, microcósmicamente. Sin embargo, sea cual sea el camino que se quiera tomar, no existe más que la diferencia del sentimiento y su perspectiva. El recorrido se despliega en paralelo y no aunado ni exacto en su sentido *dhármico* debido a la ambición ególatra y autocrática de insolente independencia. Mas el flujo de la vida es uno constante y tan cierto como que ninguna posibilidad se escapa de lo posible, y todo lo posible es parte de la única verdad verdadera. O sea, aunque escojas y quieras creer que las cosas sucedieron “mal”, debes saber que simplemente por el hecho de *haber sido* y ocurrido, ya está correctamente direccionado; “está bien, está donde debe estar”, además, es consecuencia y resultado de tu atención e intención deseante y pensante, es decir, de tu determinación mental. Por eso, nada puede calzar con más justicia. Todo está permitido, pero no todo es lícito y la legalidad la impone la ética en tu persona en particular, mas la realidad de la naturaleza no cambia en absoluto. La tierra sigue girando y sólo tú decides querer aceptar o negar que te mueves y giras con ella. Todo depende de lo que cultives, del cristal con que se *observe* a la naturaleza, ahí se verá lo demoníaco malvado o lo sagrado gracioso en ella, *tras bambalinas*, queriendo y esperando ser descubierto por la luz de tus ojos para *aparecer*.

<sup>38</sup> Shelley, Mary. *Frankenstein*. Santiago, Ed. Portada [se distribuye con revista *Qué Pasa*], 1984, pág. 103.

<sup>39</sup> Castelli, Enrico. “La seducción de lo horrible”, *op.cit.* pág. 33.

# OJO CON EL OTRO OJO

***“Que el mundo que yo escojo no sea como un ojo cojo”***

**Roberto Matta.**

Círculo y ritmo, todo esto cobijado y puesto en marcha por la fuerza que es voluntad y que es movimiento o amor. Si nos volcamos, por el otro lado, a la carencia fantasiosa, entonces la sentencia adecuada es que por el *deseo* nos movemos; deseo de *ver...* que es la curiosidad por lo prohibido y tabú.

Un aspecto relevante en la novela que nace de esta curiosidad que atrae, es la sexualidad, más específicamente el sexo que en el cuerpo monstruoso, suscita ese deseo de mirar, para saber cómo es, qué tiene, si será posible!; se trata de querer ver, *a la distancia*, la intimidad secreta del otro, querer compartir como testigo y espectador escondido, de esa vida privada. Ver sin ser mirado entre la muchedumbre o la soledad, como invisible *voyeur* o *flâneur*; como ocurre en todos los momentos en que don Jerónimo penetra a Inés, a Iris; como ocurre que, cuando el Mudito, específicamente el Mudito, que tiene la potencia en la mirada, es quien observa obscenamente: el miembro eréctil de don Jerónimo se activa y se yergue prepotente. De otra forma no, de otra forma no hay placer. Y Donoso lo sabe muy bien porque es temática recurrente en sus novelas (*El jardín de al lado*, *Los habitantes de las ruinas inconclusas*, *El lugar sin límites...*), todas ellas con personajes que viven como parásitos de la otredad, de la ajenidad que *no* les pertenece pero que anhelan para sí con curiosidad y obsesión. No sólo observan como testigos escondidos, sino que irrumpen molesta y escandalosamente más allá hasta la locura y el delirio. Se trata de ser otro. Se trata siempre de escaparse de uno para llegar como nuevo, al cuerpo del otro, a la casa del otro; vivir en el jardín de al lado, gozando de aquellas fiestas tan divertidas y desaprobadas; o instalarse a comprender cómo es que hay quienes viven en el desapego, sin tener nada, sin casa ni nombres inteligibles, sólo harapos, sólo restos y ruinas inconclusas que bastan para cobijar en una noche a esos miles y omnipresentes andariegos vagabundos que sin sonreír se ven más felices; *son ellos*, simplemente, más libres y pobres y marginales. O esconder(se) en el escarnio agresivo, el maltrato discriminador y denigrante, los irreprimibles deseos de ocupar, llenar, satisfacer, saborear y pertenecer, por unos instantes, al cuerpo de ese que juega y se transforma y traviste en otro sexo; porque gusta, porque aunque por los otros convencionales y conservadores –¡retrógrados!- sea visto como degeneración, a uno le llama la atención esa imagen creada, esa fantasía deseosa que pulula en la imaginación como un lugar sin límites. Y ese testigo cobarde termina desechando fácilmente al otro que utilizó para su penetración, eliminándolo y, en sí mismo, asesinando a ése, su deseo más prohibido y recriminado, más oculto, sin nunca enfrentarlo, sin nunca enfrentarse.

***“No conseguís soportaros a vosotros mismos y no os amáis bastante: por eso queréis seducir al prójimo a que ame, y doraros a vosotros con su error. [...] El uno va al prójimo porque se busca a sí mismo, y el otro, porque quisiera***

**perderse. Vuestro mal amor a vosotros mismos es lo que os trueca la soledad en prisión". Así habló Zaratustra.**<sup>40</sup>

Darse cuenta.

Observar es aprehender imágenes, una forma de conocer, de despertar y saber realmente; así se gana o adquiere poder. El poder de la mirada que tanto subrayo, de conocer y darse el tiempo –el sacrificio y el esfuerzo- de *relegarse* uno mismo para ser el insensible limpia-mierdas de la privacidad ajena, de ese *alguien* que no tiene, porque no quiere, tiempo para reflexionar en sí mismo puesto que vive de y en la imagen superficial para con los otros, como *ellos*, igualmente superficiales, y también para con los desconocidos, marginales y sucios que deben reconocer su sitio sin cruzar ni sobrepasar la línea, el límite, el margen; implica la sujeción al miedo, el cuidado precavido por la invasión. Se trata de la preocupación por mantenerlos a raya, lejos, a la distancia, así, *intocables* como sólo observables y observadores, y nuevamente: el juego de espejos. Porque los que son alguien y tienen rostro son igual de inalcanzables, están igual de restringidos, vedados y prohibidos. El anhelo de formar parte de *su* círculo, es como esa necesidad que los elegantes y distinguidos hombres han creado para su propio deseo y contraste: el regocijo y la virilidad que sirve para que *ellos también se sientan* y mantengan identificados, a lo lejos, por los ojos de los sin rostro. Con distancia, con distinguida distancia se controla el miedo al contagio. Porque la elegancia distintiva, la diferencia y el diferimiento son elididos y devaluados cuando un secreto en común es compartido, cuando ese otro externo y soez es poseedor de tu intimidad, de tu obscenidad que nadie más puede mirar ni conocer pero que si no es así no existe, porque si no es así y ausenta la mirada proyectadora de ese otro soez... entonces ya no existe, desaparece la fuerza que reconoce la potencia y el sentido referido por el nombre.

Por eso no te bastas. Requieres, una y otra vez, de otro que te haga valer. No te conoces, necesitas que te recuerden encuadrado en una imagen el *cómo* eres para que con la mirada te sostengan; imagen que sólo es funcional mientras *es vista*; espectada como esperada por los demás, el resto, los otros ajenos y distantes, grupo al que no puedes llegar a pertenecer porque se elidiría la diferencia que es tan necesaria, y por cierto, inexistente, sólo construida como artificio útil y elaborada por los mismos que son negados en su labor de elaboradores. De otro modo, ¿cómo es posible la individualidad del sujeto?

El esclavo se niega –y negativiza en ausencia- a sí mismo por ser parte y conformar la necesidad, de la carencia del otro, por complementarlo y complacerlo. El poder del esclavo radica en la plenitud del amo que no es amo de nadie sino de su esclavo, esclavo del esclavo. Y lo mismo sucede con toda dualidad simbólica. El amo para saberse y sentirse requiere el reconocimiento de los demás para ser visto como lo que quiere ser o es: amo, dueño y señor. El esclavo si no existe para complacer al amo, entonces no existe para nadie que lo reconozca como tal: esclavo. Nadie lo necesita, así como nadie necesitaría distinguir en el amo su poder sobre algo, sería dueño y señor de *nada*.

**No soy yo. Soy lo que necesito, lo que carezco porque me desconozco (no ser), no soy yo. Soy lo que me sostiene, lo otro, los otros que me sostienen y me alimentan con la mirada, se entregan a mí en su anhelo, debo sustentarles el –ese- anhelo que soy yo. De otra forma me extingo, no soy más. Sin ellos no soy nada, y sin mí, ellos no se proyectan. Son pro.yecto, deseo, insaciabilidad. Son ansiedad y fuerza, los que harían todo (eso) para mirar, para soñar, para tener**

<sup>40</sup> Nietzsche, Friedrich. "Del amor al prójimo" op.cit. pág. 102-103.

**algo en que imaginarse, proyectarse. Son los capaces, los fuertes. La energía básica que yo sé aprovechar. Así debe fluir. “La mayor parte de la gente conocida resultó ser campesinos ignorantes y avaros, usaban palabras groseras, sus farras en los prostíbulos eran ruidosas, azotaban a sus mujeres, las engañaban, eran, en realidad, bastante parecidos a nosotros y a los demás profesorcillos [...] Pero si entonces alguien lo hubiera insinuado delante de mi padre, no lo hubiera creído. Él sabía otras cosas. Él leía todos los diarios. Sabía muy bien las cosas tremendas que eran capaces de promover, excluyéndolo a él y a nosotros. ¿Cómo no iba a dolerle esta exclusión, cómo no iba a dolerme a mí, viendo cuánto le dolía a mi padre?”<sup>41</sup>**

Donoso nos vuelve testigos de la ingenuidad ignorante y ciega de la gente producto del sistema social que muy bien ha funcionado en su diferenciación y distanciamiento para el desconocimiento de lo verdadero, y con esto quiero decir: toda imagen es pantalla de *otra* cosa (lo mismo estas palabras hechas de lenguaje, o este lenguaje hecho de palabras), y quien no comprenda realmente este axioma, difícilmente será creativo y dueño de su cuerpo, de su mente, su emoción y de sí mismo.

El padre (del Mudito), funciona de acuerdo a un ideal de superación, de realización, de necesidad y, por ende, de infinita *satisfacción*: “llegar a ser”, “deber ser”, “tener que...” Así, queda engarzada la existencia de uno mismo en la necesidad y la carencia, ya justificada y respaldada, del otro; de ese ejemplo arquetípico con forma de verdadero, bueno y bello (que no deja de ser también creada y creída *imagen*). Toda imagen es pantalla de otra cosa, esa otra cosa, es ese significado y sentido que está abierto, moviéndose en fuga, siempre más allá, inalcanzable.

La ilusión confunde. Una vez más, insisto: *No* estamos excluidos, no podemos estarlo de nosotros mismos, sabiduría que es certeza inteligente para moverte en sociedad, recuérdese las correspondencias micro y macro cósmicas (es más, la exclusión, como la mentira y la soledad son inventos, mecanismos de sujeción y de dominio). Sin *nosotros*, *ellos* son nada. Sin nuestra afirmación, se caen. Sin nuestro respaldo, sin nuestros ojos, sin nuestra verdad –también por nosotros inventada, fabulada– no funcionan, queda estancado el engranaje. Como la dependencia del recién nacido con la madre lechera, del mancebo criado y alimentado, sirviente que debe su denominación en el mundo gracias a la inclusión tácita de su transitividad: el siervo requiere servir para que el otro se sirva y al siervo sirva. Para el otro y para sí, de todas formas, siempre, para el otro y para sí.

**“No, mi padre era otra cosa, era un fantasioso, un obsesionado, un ser desesperadamente excluido de sus propias fantasías... Vivía en una constante contemplación de esa barrera infranqueable que nos separa de la posibilidad de ser alguien.”<sup>42</sup>**

Como un parásito que se alimenta de las fantasías ajenas porque él no tiene las suyas propias. Las cambia por un trabajo de mierda para poder sentarse y mirar desde la mierda. Finalmente *los de abajo* quieren, y ya necesitan, vivir abajo. Porque quieren y anhelan ya, convencidos y ciegos y obcecados e ilusionados por el brillo de la distinción y la excelencia y la abundancia de los de arriba; re.crearse a su imagen y semejanza. Maquillarse y comportarse como la única apariencia que conocen válida, la única a la que son dirigidos por la mirada. Como polillas; la única luz que les llama la atención y los deslumbra olvidándose

<sup>41</sup> Donoso, José. *op.cit.* pág. 112.

<sup>42</sup> *Ibid.* pág. 113.

de su propia oscuridad y posibilidad de –*auto-* iluminación. Sin esa mirada que distrae de su propio centro, sin esa visión redentora, se pierden en la vagancia de los desconocidos sin nombre, de los sin rostro, de los *sin nada*, son sólo las sobras, y con ello se *conforman*. Actitud y apariencia demoníaca en su monstruosidad, mas, así es por ley natural.

***Nadie se atreve. Mediocridad. Miedo, cambio, desorden que es nuevo orden. Caos. Ser de verdad es reconocerse dual, polar, circular como el universo total. El camino fácil y a la vez tortuoso es ocultar la otra mitad. Sea cual sea. Nos gusta la mediandad de la mitad y no del medio, es no querer pertenecer y conocer en, y la, integridad. ¿Es que acaso es mucha responsabilidad el enfrentar lo que no nos gusta? “Entonces, al mirarlo a usted, don Jerónimo, un boquete de hambre se abrió en mí y por él quise huir de mi propio cuerpo enclenque para incorporarme al cuerpo de ese hombre que iba pasando, ser parte suya aunque no fuera más que su sombra, incorporarme a él, o desgarrarlo entero, descuartizarlo para apropiarme de todo lo suyo, porte, color, seguridad para mirarlo todo sin miedo porque no necesitaba nada, no sólo lo tenía todo sino que era todo. Yo, en cambio, no era nada ni nadie, eso me había enseñado la tenaz nostalgia de mi padre. [...] por la nostalgia incurable de su mirada dolorida que comenzaba a dolerme incurablemente a mí. Mi padre suspiró por el dolor de lo inasible, de una idea fantástica, abstracta, por la pena que causa lo inalcanzable, por la humillación que produce saberse incapaz de alcanzarlo, por esa pena suspiró mi padre esa mañana, don Jerónimo, por esa nostalgia.”<sup>43</sup>***

Y así, Humberto Peñaloza quiso convertirse finalmente en el Mudito o le que queda de él, consiguiendo lo que quería; vivió su momento de gloria *siendo como* don Jerónimo junto a Inés de Azcoitía, y responsablemente soportó las consecuencias que aquella suplantación conllevaría. Como reacción tuvo lugar su transformación en la indeterminada figura del Mudito, que no es hombre ni vieja ni bruja ni perro: es la indeterminación total propia de lo monstruoso demoníaco.

Como entendemos, la problemática proviene de esta identidad poco honesta, desintegrada, inconclusa y fragmentada; cargada y exagerada en un solo lado de la balanza. La pregunta, la duda, la curiosidad por la indeterminación en los otros, monstruos, como reflejo de nuestra propia condición monstruosa, indeterminada y desordenada (desequilibrada), que muchas veces no queremos ni sabemos cómo aceptar. Y es justamente en este no saber donde se aplica el Estado regente, generando y resguardando la ignorancia que se sienta cómodamente sobre viejas respuestas, sobre las viejas tablas.

Pero la compasión verdadera obliga como un deber inexorable a creer en la voluntad de la enseñanza. Aprender a *convivir* es necesario como necesaria es la salvación de quien teme, y con esto me refiero a vivir de una “*nueva*” manera (hacia dentro el reflejo del espejo); con otras convicciones, desheredando todos los prejuicios y nostalgias de la pequeña y mediocre razón, para restablecer y equilibrar todos los impulsos, animales y divinos que conforman nuestro cuerpo, la verdadera y sabia gran razón. El hombre, añejo y de antaño, es algo que debe ser superado.

***“Detrás de tus pensamientos y sentimientos, hermano mío, se encuentra un soberano poderoso, un sabio desconocido –llámase sí-mismo. En tu cuerpo habita, es tu cuerpo. Hay más razón en tu cuerpo que en tu mejor sabiduría. ¿Y***

<sup>43</sup> *Ibid.* pág. 114-115.

**quién sabe para qué necesita tu cuerpo precisamente tu mejor sabiduría?” Así habló Zaratustra.**<sup>44</sup>

Confunde la primacía en nuestros días de aquella falsa compasión ególatra y narcisista propia del Estado protector y demagogo. Manipulación emotiva, típica de la religión y su catolicismo, por parte de las propagandas políticas, sociales, económicas e institucionales que calza muy bien con la actitud falsa de muchos de nuestros congéneres, puesto que falsa es también la preocupación por la desequilibrada realidad (si la voluntad de compartir las posibilidades reales, incluso materiales, fuese la verdadera intención de aquellas rimbombantes planificaciones y burocráticas estadísticas para los “proyectos” de “la superación” de la pobreza, por ejemplo, creo que la Enseñanza desde los hogares pasando por los colegios y universidades, no podría mantener siquiera la misma denominación: educar una conducta responsable y libre no es sinónimo de Enseñanza. Y de esto estoy cada día más convencida, pero no es propicio profundizar esto, fundamental, aquí).

“Esos otros pobrecitos, tan desposeídos”, desposeídos sí, de sí mismos desposeídos. “En realidad los ayudo porque no quiero que existan más”. Lapsus del inconsciente del que brota develado el cargo de conciencia y con ello, cual indulgencia, una supuesta limpieza de conciencia; “Ahí está en efecto la paradoja fundadora de la compasión hacia los monstruos humanos, [...] Se trata de un extraño amor al <<prójimo>> *que crece proporcionalmente con el alejamiento de su objeto.*”<sup>45</sup>. ¡Los monstruos sí tienen alma! Sin embargo, nuestro monstruo contemporáneo ya no es el visualmente deforme, y por eso la exageración evidente de Donoso al crear en La Rinconada un *mundo al revés*; y es que es *nuestro mundo, normal*, el derecho por así decirlo, el monstruoso.

**“Frente a esa élite de monstruos de primera clase que cuidaría y educaría a Boy, Jerónimo tuvo que desarrollar el fino trabajo de convencerlos de que el ser anómalo, el fenómeno, no es un estadio inferior del género humano frente al que los hombres tienen derecho al desprecio y a la compasión: éstas, explicó don Jerónimo, son reacciones primarias que ocultan la ambigüedad de sentimiento inéditos muy semejantes a la envidia, o erotismo inconfesable producido por seres tan extraordinarios como ellos, los monstruos. Porque la humanidad normal sólo se atreve a reaccionar ante las habituales gradaciones que se extienden desde lo bello hasta lo feo, que en último término no son más que matices de la misma cosa. El monstruo, en cambio, sostenía don Jerónimo con pasión para exaltarlos con su mística, pertenece a una especie diferente, privilegiada, con derechos propios y cánones particulares que excluyen los conceptos de belleza y fealdad como categorías tenues, ya que, en esencia, la monstruosidad es la culminación de ambas cualidades sintetizadas y exacerbadas hasta lo sublime. Los seres normales, aterrados frente a lo excepcional, los encerraban en instituciones o en jaulas de circo, arrinconándolos con el desprecio para arrebatárles su poder. Pero él, don Jerónimo de Azcoitia, iba a devolverles sus prerrogativas, redobladas, centuplicadas.”**<sup>46</sup>

<sup>44</sup> Nietzsche, Friedrich. “De los despreciadores del cuerpo”, *op.cit.* pág. 65.

<sup>45</sup> Courtine, Jean-Jacques. “El cuerpo anormal, Historia y antropología culturales de la deformidad”, *op.cit.* pág. 230.

<sup>46</sup> Donoso, José. *op.cit.* pág. 244.

Es interesante lo propuesto por Donoso a través de don Jerónimo. Efectivamente reconoce en el monstruo la capacidad excepcional de su poder: *la atracción*, ya lo decíamos. Algo hay en su conformación física que produce envidia o erotismo encubierto, según el personaje, y es que, en sus palabras, la monstruosidad *supera* la gradación habitual que va entre lo bello y lo feo. No volveré a profundizar lo que ya se ha establecido como lo sublime o sublime absoluto. Sin perjuicio por lo anterior, me parece que es bastante evidente la pertinencia a la discusión en este ensayo del punto argumentativo que sostiene nuestro obscuro personaje don Jerónimo de Azcoitia. De esta forma espero justificar satisfactoriamente la seleccionada añadidura, aprovechando, además, la ocasión para insistir en lo que sí me interesa destacar, esto es: el derrumbe de los monumentos de la moralina absolutista –y no de la Ley Ética Absoluta Universal, por hacer la distinción de algún modo- algo insuficientes y arcaicos sobre lo feo y lo bello, lo malo y lo bueno. Diremos simple y concisamente por qué ambos polos comparten la condición grotesca y sublime de ser extremos, es decir que debido a la ingente fuerza del deseo impotente y sublime de alcanzar el otro lado, *pasa a ser grotesco* en su exceso; abundante e innecesario (se cruza el límite y *caemos* en el juego del otro extremo). Por eso aquí cobra sentido la envidia que señala don Jerónimo: tanto los monstruos como las formas increíbles de la armonía, *son más y superan* sobrepasando el estándar de la normalidad media y sin mayores problemas aceptada. Aquí es donde palabras como excepcional, rareza, exótico, extraño, ajeno, distinto, especial, fantástico, fenómeno, espectacular e increíble, toman la connotación sinonímica de *lo bello, bueno y verdadero* desde la que se puede apreciar al monstruo. La mediandad mediocre señalada no es ni mala ni buena, repito, reitero e itero; simplemente es, y cómodamente se sitúa en una mitad. Espero que sea clara mi expresión al querer comunicar que todas estas consideraciones expuestas *van más allá del bien y el mal*, como muy bien dice el filósofo alemán. Y puesto que aquí se cree fehacientemente en el equilibrio de los extremos y en la flexibilidad que nos mantiene en el centro, de pronto inclinándonos hacia un lado, luego al otro, pero sin despegar los pies del centro, es que reitero la urgencia del cultivo de una conciencia dúctil y *concentrada*, que, una vez alcanzada, no pierda el equilibrio ni la templanza que permiten entender las cosas en su respectivo término. Atención e intención, he ahí el poder de la mente. Así es más simple, y más sano ¿Para qué distraerse intentando *llegar a un lado*, ser *otra cosa* que no está en *mi lugar*, si basta con que trabaje en *mi mismo* sitio, reconociendo los extremos que me circundan, las posibilidades que se me ofrecen, y eligiendo *quién ser* y *cómo ser*? ¿Acaso no es mejor y más provechoso por el bienestar propio y el respeto de todos, sentir la superación en sí mismo y para sí mismo sin compararse con los demás que tienen lo suyo propio, su trabajo propio y así hay que dejarlo porque así debe ser?

Humberto Peñaloza, por mencionar un ejemplo más familiar, salió y surgió desde los más pobres para *ser alguien*. Ese salto fue, sin embargo, *muy largo*, pues cayó en el otro extremo en el que el exceso de “superioridad” e identidad lo volvieron *otro marginal*, de otra clase, una alta, acomodada y plagada de poder. Mas su potestad sólo era efectiva sobre los monstruos que miraba monstruosamente.

Finalmente nos damos cuenta –Donoso trabaja para que nos demos cuenta- que el hombre común y normal es el monstruo ético y moral; el que goza y sufre la compasión, el que crea la exclusión y el que convence de lo que está enfermo y de cómo sanarlo, el que insta la ley decidiendo lo que es deforme y prohibido. “La monstruosidad depende de la mirada que se dirige a ella. No está tanto enraizada en el cuerpo del otro como oculta en la mirada del observador.”<sup>47</sup> Nosotros creamos la monstruosidad en el cuerpo

<sup>47</sup> Courtine, Jean-Jacques. "El cuerpo anormal, Historia y antropología culturales de la deformidad", op.cit. pág. 252.

deforme, y es por eso que el juego de espejos conforma la ilusión de la identificación; “del ponerse en el lugar del otro” cuando en realidad cada uno debe estar en su lugar, reflexionando y trabajando en sí mismo para poder aceptar realmente la diversidad. Y en esta aceptación –verdadero amor incondicional- no hay compasión juiciosa, no hay subestimación ni “pobrecitos”, no hay ayuda paternalista ni eufemismos misericordiosos.

Así, y con un registro más bien histórico, nos anclamos de vuelta al mundo con una cita de Courtine que sostiene:

**“La norma exige hoy que la mirada renuncie a detenerse sobre la anomalía corporal, que el término <<monstruo>> no pueda aplicarse ya más que metafóricamente a una persona, que el enano emprenda una segunda existencia lingüística bajo la apelación de <<persona de talla pequeña>>: allá donde se fije la mirada, la deformidad debe pasar desapercibida. [...] Pero hizo falta para eso que la razón velara la mirada y que la anomalía corporal, despojada de la rareza que la había mantenido tanto tiempo apartada, viniese a diseminarse en el archipiélago infinito de las <<diferencias>>. Pues ese es precisamente el término escogido por las sociedades democráticas para proclamar –por medio de un rechazo deliberado de la mirada por parte de la razón- la igualdad entre los cuerpos.”<sup>48</sup>**

Y es que igual no siempre es equivalente, así como no siempre ayudar significa facilitar, y la labor más dignificante y engrandecedora reside en superarse a sí mismo por sí mismo y para sí mismo, no vivimos en competencia sino con nosotros mismos, con nadie más, aunque parezca menos excitante, o cueste y duela y no lo comprendamos de buena manera. Y no difundo el conformismo porque es quietismo, por favor no confundir; la actitud crítica y autocrítica especialmente, será el único juez que determine hasta dónde queremos llegar y cómo queremos ser. La disposición a todas las situaciones, límites y simples de la vida, debe ser abierta, entregada e inacabada; porque uno no se termina ni deja de aprender, de des.integrar.se, como seres gregarios que somos, hasta estar muertos. Y esto es fundamental. Así, es nuestro propio desequilibrio deforme y monstruoso que aflora en lo reprimido y anestesiado, en lo oculto y obsceno precisamente, lo que hace al humano monstruo, al ausentarse, negativizarse y negarse; se niega, negativiza y desaparece al otro, y siempre la problemática escandalosa es con el próximo; mas falta coraje para reconocerla y resolverla en uno mismo. “Sólo a partir del momento en el que la monstruosidad se empezó a percibir como humana, es decir, cuando el espectador de la barraca de feria pudo reconocer a un semejante bajo la deformidad del cuerpo exhibido, su espectáculo se convirtió en algo problemático.”<sup>49</sup>

La criminalización de la mirada surge con la falsa compasión que ya mentamos: “La curiosidad hacia los monstruos humanos, cuando se ejerce fuera de la esfera médica, será viciosa, malsana, perversa: una infracción reprensible en lo que se refiere a la ley al mismo tiempo que una desviación psicológica en lo que se refiere a la norma.”<sup>50</sup> ¿Es más evidente cómo es que de a poco notamos que hemos vivido, estudiado y aprendido de memoria toda una historia, legal y permitida, de la humanidad que se nos ha inventado en pos del control y el orden para provecho de los poderosos ejecutantes y regentes? Siempre ha sido todo fríamente calculado. ¿Verdad que sí?

<sup>48</sup> *Ibíd. pág. 255.*

<sup>49</sup> *Ibíd. pág. 240.*

<sup>50</sup> *Ibíd. pág. 234.*

# EL INTERVENIDO CUERPO DE LA VIDA (O EL OBSCENO PÁJARO DE LA NOCHE)

Me pregunto ahora, ¿Es todo esto equivalente en una sociedad “silvestre”? ¿será que son éstas, reacciones psicoanalíticas provocadas por nuestras pulsiones, reprimidas por el Estado, en Sociedad; por la “Cultura” como le dicen? Perversión: ¿natural pero no normal? Nada más ensayo la respuesta del porqué de la elección monstruosa de José Donoso centrada en el cuerpo físico para representar y expresar esta curiosa intención, pervertida *per se*, del ser humano.

Si intentamos incluir para la solución el origen del famoso “monstruo” en estas líneas, nos encontraremos con dos concepciones consecuentes, que, no por casualidad, sino más bien por causalidad, tienen directa relación con la novela chilena. Primero que todo la explicación mítico-religiosa; el monstruo es la *muestra* del caos de la materia, el *fracaso de la Creación*, rastreada ya, desde la Antigüedad Clásica. Por supuesto que las religiones, en particular el cristianismo, han tenido su preponderante participación en lo que hasta hoy entendemos como las percepciones del cuerpo que es monstruo y monstruoso:

***“La cristianización de esas representaciones en el imaginario medieval no modificó en nada esa antigua herencia, limitándose a incorporarla a la pastoral cristiana de la condena y del pecado. La deformidad corporal se convirtió en uno de los signos principales de este último y el monstruo en un apoyo temido del diablo o en un enviado milagroso de Dios, funesto presagio de su ira. Testigo de la omnipotencia de los cielos y mensajero de la desgracia sobre la tierra”.***<sup>51</sup>

Y en segundo lugar, ocurre más tarde como es de esperar, la des.sacralización del monstruo en manos de la ciencia y su medicina, es decir, surge lo que se denomina *teratología*. La historia de la teratología es la historia de la racionalización y medicalización de lo catalogado como monstruo: “La historia de la teratología muestra, pues, cómo esta interpretación religiosa de la aparición monstruosa se fue secularizando poco a poco, dando lugar a una sed insaciable de lo insólito, lo irregular y lo raro.”<sup>52</sup> El proceso se acompaña, como ya ha sido indicado, con el despertar de la mirada curiosa, precisamente a fines del siglo XV en Europa, años en los que figuran, como primicia del museo recolector de lo monstruoso - antes que el grandioso trabajo de Barnum en la década de 1840-, las mismísimas iglesias medievales con su “stock de santas reliquias”; algo así como nuestra criolla y obscena Casa de Ejercicios Espirituales de la Chimba, que guarda tanta basura como restos, trozos y pedazos de santitos de yeso. El cementerio de santos, en la novela que todo lo invierte, cuenta con santos que terminan por de.formarse, viejos santos que son nuevos monstruos, fragmentos de uno ensamblado con otro, reconstrucción en forma de collage que desconcentra una identidad ya perdida y por el tiempo corroída. No hay unidad, ésta está trasvestida en espera de la renovación. Como las viejas que esperan ascender al

<sup>51</sup> Courtine, Jean-Jacques. “El cuerpo inhumano”, *op.cit.* pág. 361.

<sup>52</sup> *Ibid.* pág. 361.

cielo, todo espera... y desespera, en esta quietud intocable y sacra que conservan tanto los museos como guardan en corazones añejos estas viejas de la Casa que Donoso tan magistralmente simboliza:

***“Estas viejas, en cambio, tenían algo de profundamente significativo: encarnaban todo lo que yo detestaba en mi país, lo retrógrado, lo reaccionario, y constituían ese extraño vínculo, esa amarra de hierro que une mi imaginación con los desechos y los restos del siglo pasado en mi propio país... estos desechos humanos, o sus equivalentes, eran significado y significante: el significante, clarísimo en la forma de estas imágenes del abandono y del infierno; el significado, borroso, amplio, innumerable.”***<sup>53</sup>

Sólo la monstruosidad y la santidad hallan espacio en el equilibrio de la incongruencia alucinante que representan las viejas metiches, “El cuerpo del monstruo comparte con el del santo el antiguo privilegio de alimentar en forma de reliquia la curiosidad de la multitud”<sup>54</sup> Y definitivamente la atracción es por la curiosidad natural del hombre, ya está dicho, curiosidad que nace de lo desconocido olvidado y perdido; y en la ignorancia o desconocimiento opera poderosa la inculcación ajena, la “sapiencia” otra, predicada por el pastor al rebaño.

***“Allí, efectivamente, entre los restos santificados –fragmentos de esqueleto y porciones de epidermis, gotas de la leche de la Virgen o de la sangre de un mártir, astillas de madera de la santa Cruz, clavo del suplicio o jirones de sudario-, figuraban los testimonios de expediciones lejanas, botines de cruzadas y recuerdos de viajeros: caparazones de tortuga, cuernos de unicornio, huesos de enanos, dientes de gigantes...”***<sup>55</sup>

Parece brujería ese sincretismo entre lo luminoso y oscuro. Fuera (o además) de lo museal que inmoviliza hasta las rarezas heteróclitas de la tierra, deviene otra fuerza de esta esclerosis mucho más grave y dañina, puesto que no dejamos de referirnos al poder y la vigilancia que tan bondadosamente nos ofrece El, *nuestro*, Estado protector:

***“Esta canalización racional de la curiosidad se encontrará, de hecho, en la segunda mitad del siglo XIX, con sus preocupaciones morales y políticas que pretenden luchar contra la ociosidad y controlar el tiempo libre de las clases trabajadoras, vigilar y organizar los placeres de la multitud popular. [...] El espectáculo de los monstruos y los establecimientos que los albergan, herederos de las ferias y del carnaval, acabarán por resentirse de la asistencia de las masas a esos instrumentos de educación pública abiertos a todos en que se convirtieron los museos”***<sup>56</sup>

Así, pues, vamos perdiendo y dejando cada vez más relegada la capacidad catártica y la conciencia corporal que, al menos en cierto grado pueden ser practicadas en el autoexamen que permiten la comparación y la reflexión en el otro; oportunidades aún vagas e incompletas, que otorgaban estos espectáculos callejeros y la experiencia, ya más física y activa, en el carnaval; todos estos estímulos cambiados y acallados, para quedarnos

<sup>53</sup> Donoso, José. *op.cit.* pág. 580-581.

<sup>54</sup> Courtine, Jean-Jacques. “El cuerpo inhumano”, *op.cit.* pág. 361.

<sup>55</sup> *Ibid.*

<sup>56</sup> Courtine, Jean-Jacques. “El cuerpo anormal, Historia y antropología culturales de la deformidad”, *op.cit.* pág. 226-227.

tranquilos y bajo vigilancia en los lugares cerrados hasta el enmohecimiento como son los museos –y los centros clínicos, cárceles, escuelas y centros comerciales o *malls*-. Se vuelve urgente recuperar ese carácter medio monstruo, *sí* hay que ser un poquito deformes e irracionales, *sí* hay que ser un poco cochinos y obscenos para dejar de buscarse en los demás, reconociéndose en la vida sin mayores enredos, sin más líos ni nudos necróticos. Por eso, sólo por gusto: una cita de Rüdiger Safranski sobre los problemas de la vida desde la perspectiva nietzscheana:

***“El estrato profundo de la vida es de tipo dionisiaco-heraclitano, cruel, vital y peligroso. La vida es monstruosa, es distinta de lo que un blando humanismo puede pensar... Nietzsche llama “sabiduría dionisiaca”, a un conocimiento que penetra hasta esta imagen, a un conocimiento que, por tanto, se convierte a sí mismo en problema a la vista del monstruoso proceso de la vida.”***<sup>57</sup>

Y Nietzsche mismo señala precisa y justamente sobre el deber dionisiaco (al que también me inscribo):

***“Con la palabra dionisiaco se expresa un impulso hacia la unidad, un asir lo que está más allá de la persona, de lo que es cotidiano, de la sociedad, de la realidad sobre el abismo del crimen: un desbordamiento apasionado y doloroso [patético] en estados de ánimo hoscos, plenos, vagos, una extática afirmación del carácter complejo de la vida, como de un carácter igual en todos los cambios, igualmente poderoso y feliz; la gran comunidad panteísta del gozar y del sufrir, que aprueba y santifica hasta las más terribles y enigmáticas propiedades de la vida, la eterna voluntad de creación, de fecundidad, de retorno; el sentimiento de la única necesidad del crear y destruir.”***<sup>58</sup>

Expuesto este grotesco dionisiaco, la flexibilidad en medio de los polos permite el equilibrio, y esto que sea ya memorizado. Pero desde que el cuerpo monstruoso es *cuerpo humano* (cuando en realidad forma parte del cuerpo mental), cae ya sometido a la normativización y normalización de las leyes biológicas o biopolíticas:

***“A partir de ese momento será el médico el que deba juzgar la viabilidad de un monstruo. [...] El imperio médico se extiende entonces, más allá del cuerpo del monstruo, a su personalidad jurídica, a las condiciones de su engendramiento, al pronóstico de su fin: el monstruo se convierte de pleno derecho en un sujeto de medicina legal.”***<sup>59</sup>

Foucault señala lo mismo en el caso de los locos, son los médicos quienes dirimen la psicopatología ante un crimen, y es esa decisión la que recae finalmente en los jueces.

Ahora bien, la racionalización de estas curiosidades santas y monstruosas a la vez, se fortalece cuando se adiestra, es decir, cuando se acondiciona; y en esto el ya mencionadísimo estudio de Foucault sobre los dispositivos de control y poder instalados *dentro* de la autoconciencia humana por el poder pastoral y/o estatal, es bastante dilucidador: convencerlos para luego autoconvencernos. “Un dispositivo racional de encuadre de los objetos y de los métodos de conocimiento, una canalización de la

---

<sup>57</sup> Safranski, Rüdiger. *Nietzsche, Biografía de su pensamiento. Traducción del alemán por Raúl Gabás. Madrid, Ed. Tusquets, 2002, pág. 80.*

<sup>58</sup> Nietzsche, Friedrich. *Parágrafo 1049, En: La voluntad de poder, Buenos Aires, Ed. Poseidón, 1947, pág. 386.*

<sup>59</sup> Courtine, Jean-Jacques. *“El cuerpo anormal, Historia y antropología culturales de la deformidad”, op.cit. pág. 229.*

mirada curiosa desplazan poco a poco a lo sagrado y a lo oculto del territorio de la ciencia [...] hacen entrar, no sin resistencia, a la excepción teratológica en el espacio ordenado del gabinete de historia natural.”<sup>60</sup> En palabras de Courtine, esto es la desacralización del cuerpo monstruoso.

Señalaré aquí otro alcance entre la novela de Donoso y la racionalización del cuerpo monstruoso en su consiguiente historia teratológica. Se trata del parque de diversiones y el *American Museum* (Manhattan, 1841) de Phineas Taylor Barnum; algo así como un obscuro don Jerónimo de Azcoitía que también prepara su criolla “Monsterland” en La Rinconada para proteger y criar a su hijo Boy:

**“Lo que Barnum había inventado –esa aclimatación de los monstruos humanos en un centro de ocio que ofrecía conferencias, presentaba demostraciones <<científicas>> de mesmerismo o de frenología, ponía en escena espectáculos de magia, de baile y obras de teatro, mostraba dioramas y panoramas, organizaba concursos del bebé más guapo a la vez que hacía rugir a los animales salvajes y bailar a las tribus indias [como en una fiesta cualquiera organizada por Emperatriz], esa concentración en un solo lugar de atracciones que no conocían hasta entonces una existencia más que dispersa [en las famosas barracas de feria]- no era nada más que el disparo de salida de una nueva época en la historia de los espectáculos, la entrada en la época industrial de la diversión: la inauguración del primer gabinete de curiosidades de la era de las masas, de una especie de Disneylandia de la teratología, si se permite aquí esta formulación voluntariamente anacrónica, que tiene sin embargo el mérito de indicar entre qué manos se encuentra hoy día parte de la herencia de Barnum.”<sup>61</sup>**

¿No señalaba anteriormente el interés por la (re)activación económica y comercial? He ahí pues un ejemplo.

Entonces, volviendo al origen fantástico de la novela: ¿Por qué monstruos? ¿Por ser una falla de la naturaleza? ¿Prueba y producto de una lucha entre lo divinamente natural y lo, también divinamente, sobrenatural? Cualquiera sea la respuesta, de todas formas muy bien conviven hasta nuestros días, la mezcla entre lo que entendemos como tradiciones populares, en donde prima el mito y la leyenda -y es lo que Donoso, causalmente, inscribe en su novela mencionando imbunches, meicas, brujas, y también santas-, además del otro ingrediente para su perfecto equilibrio: el docto, que ofrece la ciencia y su medicina, lo que también se presenta en la novela cuando nos vamos dando cuenta de la existencia, en medio del relato, de una intervención quirúrgica hecha por un cirujano *estético*, precisamente. Ambas líneas aunadas por esta primera y quizás única certeza: la curiosidad incógnita que nutre la imaginación de la ficción. Sin embargo, y esto también lo reitero porque es importante entenderlo: el monstruo es un monstruo *humano*, lo que significa que su verdad a investigar pertenece al trabajo del campo médico y científico, medicina y ciencia que, recordando una vez más a Foucault, cura, arregla y re.sitúa, re.integrando o incorporando a lo que sea que esté fallando, nuevamente o por primera vez, a la sociedad. La cuestionada deformidad es humana, des.íntegramente humanoide, no es bestia, no animal sino ser humano dis.forme, estética y físicamente inválido puesto que la identificación es igualmente inválida. Está perdida y confundida, por ello hay que *mejorarla*. Por eso el obscuro doctor Azula es doctor cirujano y supuestamente esteta de

<sup>60</sup> Courtine, Jean-Jacques. “El cuerpo inhumano”, op.cit. pág. 362.

<sup>61</sup> Courtine, Jean-Jacques. “El cuerpo anormal, Historia y antropología culturales de la deformidad”, op.cit. pág. 210.

superficies... y es monstruo, por eso podemos colegir que la eterna operación hecha al Mudo, está nutrida de venganza y resentimiento; porque Humberto era normal, no era monstruo, había que transformarlo, deformarlo, romperle el cuerpo humano para extraerle lo que sirve, lo bueno, e injertarle lo que a ellos, los monstruos, les sobra: sangre monstrua, órganos monstruos, piel enferma, herencia, simplemente, monstruosa. Y sólo le dejaron el veinte por ciento, nada más que el veinte por ciento le dejaron.

Para terminar y a modo de síntesis historiográfica sobre el cuerpo monstruoso, una extensa y bien integrada cita explicativa de Jean-Jacques Courtine:

***“La historia de esas imágenes, además de su relación lejana con la tradición de humanidad híbrida que recorre las mitologías antiguas, es evidentemente religiosa. Los rasgos desfigurados, desproporcionados, bestializados de un cuerpo humano híbrido, que se representa desnudo, se estabilizaron en la cristianización medieval de la figura del diablo. El monstruo sigue siendo la firma de un desorden del mundo, cercano a las catástrofes naturales, un signo, como estas últimas, de la ira de Dios, y un recuerdo de que la falta que provocó su cólera debe ser expiada. He aquí, pues, lección de la monstruosidad que confeccionan esos panfletos: los monstruos son otros tantos signos de condena divina de las pasiones, de los amores ilícitos, del lujo, de la ociosidad, del juego, de la herejía. El material impreso indica la necesidad de la penitencia, de la humildad, de la reforma de las conductas. No son otra cosa que la forma secular e impresa de una predicación cristiana fundada en el recurso a los exempla, esgrimidos por una pastoral heredada de la tradición medieval, que se apoya en la amenaza y el miedo. Y ahí está en realidad la dimensión propiamente histórica de esas ficciones; son instrumentos utilizados para denunciar el protestantismo, cristianizar las costumbres, conquistar o reconquistar las almas. [...] Extraña figura la del cuerpo monstruoso en la era clásica: sea cual sea la manera de observarlos, los desórdenes y las deformidades del cuerpo parecen enviarnos a imágenes de orden y de razón. La historia de la teratología entre los siglos XVI y XVIII cuenta el desencadenamiento de los monstruos y la racionalización de sus representaciones, la literatura popular les dota de ficciones curiosamente estables y tranquilas, la historia política les moviliza en beneficio del orden religioso y social. Pero todo este orden es engañoso: el monstruo sigue siendo portador de un temor universal, suscita una curiosidad desatada, escapa sin cesar a las tentativas que se hacen de circunscribirlo al discurso o a la imagen. Hay que ver pues, en ese deseo que recorre la época clásica de hacer reinar al fin el orden sobre los monstruos, una etapa esencial en el largo rechazo histórico de lo que, en el cuerpo monstruoso, demuestra que lo inhumano no puede ser ni asimilado, ni representado.”<sup>62</sup>***

Un vez más: Sublime.

¿Acaso no utiliza Donoso el cuerpo monstruoso en todo su despliegue semiótico, discursivo, artístico y social? Es, me parece, el ejemplo más exageradamente burdo que pudo encontrar el escritor para comunicar lo que pasa, lo que a él y a nosotros como lectores sociales y políticos y, por sobre todo, demasiado humanos -e inhumanos-, nos pasa. Las relaciones de identificación y reconocimiento de uno con el otro, la utilización

<sup>62</sup> Courtine, Jean-Jacques. "El cuerpo inhumano", op.cit. pág. 370-371.

como dispositivo y mecanismo de control, sujeción –conformación del sujeto también-, y poder por parte de la religión cristiana preponderantemente; esa creencia en el caos maligno del castigo y la advertencia, del terror y el miedo apañado y reactualizado por el Estado, la contranatura que controla, la nueva enfermedad que menciona Foucault, etc. Todo esto para denunciar la inhumanidad irrepresentable, que en el caso de *El obsceno pájaro de la noche*, requirió de más de quinientas páginas y ocho años de escritura.

Una vez más me pregunto: ¿Qué es eso que tanto sucede dentro nuestro y que tanta expectación produce?, ¿nuestro imaginario propio, nuestras convenciones propias enfrentadas con una sinrazón que no guarda tradición alguna, que ha sido utilizada, sí, pero no absolutamente? De todas formas, un vestigio queda, una señal aún sin descifrar que son intersticios en los que se crea y recrea la escritura.

# MEMORIAS PARA OLVIDAR

**“Los recuerdos harán que te olvide, que no se te olvide acordarte que me tienes que olvidar.” Los tres.**

Locura obsesionada de un fracaso. Eso es lo que hace Donoso: escribe lo que es la premonición del creciente individualismo: ése que ocupa el lugar dejado por las consolidadas instituciones que, antaño, fueron cimiento en la “evolución” histórica de la sociedad. La familia, la educación, la religión, la política, la economía. Los grandes paradigmas que sostuvieron la tradición, aquí ya desmoronan. Los monstruos son, desde el romanticismo, la configuración del fracaso de la perfección del hombre, de su devenir permitido, válido y venidero. Bueno, verdadero y, por sobre todo, *bello*: apolíneo y proporcionado, áureamente divino, áureamente lejano y alejado, dónde ningún agente extraño debiera infiltrarse. Pero no todo se mantiene en calma, por suerte toda quietud esconde movimiento y mutación; por eso el enunciamiento y pronunciamiento de la literatura que con la *imaginación* y la *fantasía* quiere irrumpir desde adentro esa tensión superficial que no es más que otra ilusión. Donoso escribe: “Significará, me imagino, que tengo una visión apocalíptica del destino de todo espacio cerrado, todo espacio política y socialmente ignorante del mundo exterior. Y los invasores, de diversos modos, alteran o destruyen esos mundos, revelándolos así como puros significantes.”<sup>63</sup> Los monstruos son esos invasores responsables del reconocimiento de nuestra monstruosidad. En otras palabras, los monstruos son nuestro espejo.

Por eso es una lástima que queramos esconder las patas de perro, la mitad taurina, mitológica, retardando la superación. ¿Dónde queda la devoción originaria por el Paposileno, por el fauno y el macho-cabrío que animaban los coros trágicos y dionisiacos?, ¿Dónde quedó el placer desbocado de la integridad sublime del ser, que es humano pero también bestia, pero también dios; que es razón pero también cuerpo, que gusta del refinado banquete pero también del sadomasoquismo sexual?, y el clásico Petronio deja evidencia de ello, ¿Dónde está la segunda etapa tras el primer movimiento *-vata*, del reconocimiento y asimilación *-pitta*, para su postrera *vivenciación*, o sea, la creación que es señal del relajo final, *-kapha*?, ¿Dónde está la catarsis que explosiona, el flujo apánico de la excreción y la limpieza?, ¿Cuándo gritamos en carnaval para perdernos y perder el pesado sentido de la responsabilidad y la lógica tan sólo por *un* momento: sagrado instante?, ¿Cuándo jugamos, cuándo bailamos, cuándo y hasta cuándo nos cansamos ya de nosotros mismos, siempre los mismos?... ¿Estando preparados y dispuestos para *el otro*; para el gran resurgimiento de la tansmutación o transubstanciación?, ¿Estando listos para el siguiente cuerpo; el próximo disfraz? ¿Es que podemos realmente dejar este *ya*, o *por siempre retornaremos sin aprender nada nuevo*, a lo mismo?... ¿Conoces éste bien? “Di tu palabra y hazte pedazos” se dice a sí mismo Zaratustra, ¿Cuándo será que comprendamos y convirtamos al hombre, a este hombre monstruoso –y no monstruo- porque es inhumano, en algo que *debe ser* superado? El hombre es bestia de esta creación también.

¿Qué pasa con la diversidad de gustos, goces y placeres? *Justificación del placer* sostiene el Marqués de Sade cuando explica intentando entender, las leyes y sanciones para todos aplicadas, siendo que Dios creador dotó a cada una de sus criaturas con gustos,

<sup>63</sup> Donoso, José. "Las casas, las viejas, los paquetitos", op.cit. pág. 575.

goces y placeres distintos. (Dios, ¡sí *somos distintos!*) ¿De qué obligatoria igualdad me hablan? “¡Ningún pastor y *un solo* rebaño! Todos quieren lo mismo, todos son iguales: quien tiene sentimientos distintos marcha voluntariamente al manicomio.”<sup>64</sup>

Tolerancia y aceptación que en su ausencia e imposibilidad enferman al reprimido y temeroso de sí. Temeroso y ansioso de formar parte por contagio de lo que sus ojos ven, de lo que sus oídos oyen y de lo que su sexo reclama: no hablo de extrañezas, hablo de lo que esconden. No nos son ajenos los comentarios conservadores de quienes quieren, hasta el día de hoy, bien encaminar a la sociedad encubriendo el sexo en el matrimonio, a la procreación en la institución, a la locura en la enfermedad. Hay quienes, “dicen”, les asquea el sexo infructuoso del placer; “fornicar” le dicen y lo maldicen, como a escondidas bajo la sombra de un viejo puente y curiosamente, porque es “mal visto” por los “otros”, se entiende. Porque sabemos y con culpa nos confesamos; el sexo nos hace sentir bien, nos hace sentir el cuerpo, el flujo de vida, la sangre y el semen, liberamos hormonas y limpiamos conductos. Nos relajamos. La instintiva sanidad nos hace preferir ese breve instante de verdad y felicidad, esa *petit mort* que es conocimiento profundo y experimentado –incorporalizado- saber, que es, ante todo, instantánea empiria, pequeña muerte de la que *sí* se retorna para renacer. Y podemos porque queremos reincidir en el cuerpo y la sensualidad de la atractiva y misteriosa vida, queremos reincidir en ese placer del goce y la salud. ¡Porque es pecaminoso, sucio y malditamente diabólico! nos dice el cura católico, la autoridad ética y moral; es asqueroso y es tabú porque es prohibido, es obsceno porque como en la novela, es siempre ajeno, recriminable y por siempre en mí reprimido y renegado hasta el solitario olvido. De otra forma, no sabemos cómo funciona, y no sabemos porque no queremos, siquiera, averiguarlo, preguntarlo; preguntarnos y abismarnos. Es peligroso nos “dicen”, es la perdición. Nos enseñan a cubrir con caparazones el corazón olvidando que de ahí brota la liberación. Claro, ellos los pastores de ovejas sí lo saben, y *por eso* lo hacen. Mientras más enajenado esté el ser individual en medio de la masa, olvidando su soledad que se disfraza en la pertenencia fanática, cual cardumen, junto a los demás solitarios que se sostienen y funcionan y –finalmente- son, respecto y gracias a los otros; sin consistencia, sólo apariencia, sólo estructura.

**“ Cambio de los valores –es cambio de los creadores. Siempre aniquila el que tiene que ser un creador. Creadores lo fueron primero los pueblos, y sólo después los individuos; en verdad, el individuo mismo es la creación más reciente. Los pueblos suspendieron en otro tiempo por encima de sí una tabla del bien. El amor que quiere dominar y el amor que quiere obedecer crearon juntos para sí tales tablas. El placer de ser rebaño es más antiguo que el placer de ser un yo: y mientras la buena conciencia se llame rebaño, sólo la mala conciencia dice: yo.” Así habló Zaratustra.**<sup>65</sup>

Entonces...

Convierto mi deseo, que es carencia, que es ausencia en lo reprimido del cuerpo gozoso por la razón castradora, controlada y controladora. Los dispositivos del poder son aplicados por la razón o la fuerza, el control de los placeres y los gustos, de las felicidades como deben ser. El *deber ser* obedecido por los desconocidos que inscribe e instaura el pastor en el rebaño de los solitarios; la vigilada conciencia que es examen de autoconciencia porque finalmente la gracia divina de la intervención es la autodominación, el autocontrol y

<sup>64</sup> Nietzsche, Friedrich. "De los trasmundanos", op.cit. pág. 41-42.

<sup>65</sup> Nietzsche, Friedrich. "De las mil metas y de la <<única>> meta", op.cit. pág. 101.

el enjuiciamiento precoz. Sí, por lo general y casi siempre somos seres humanos precoces sin proyección eyaculadora que engendre y fecunde el afán de superación; somos seres humanos mediocres y obcecados que no vemos más allá de la establecida (siempre por otros) razón. Aún pensamos que la cabeza regente es la pequeña, pequeñísima razón, que no considera más que la función -útil, falsa y materialmente productiva- dentro del espectáculo mayor, sin lograr una real conexión o unión: *yug*, Yoga es vida dicen algunas piedras. Pero, de nuevo, ¿Qué hay del cuerpo, de esa condensación de materia luminosa que percibe y guarda nuestros cinco sentidos y otros más sutilmente ocultos?, ¿Qué pasa con esta sustancia que nos obliga y nos arraiga en la tierra, recordándonos a cada instante que debemos, en algún momento, despegar de ella, salir, dejarla y transmutar?, ¿Qué es esto que nos condena y envicia, que nos ata condensados en la confusión, porque innata está la liberación, la limpieza y la superación en la naturaleza y ADN de este humano, ¡demasiado humano!?, ¿Qué hay de esta *doble* herramienta?.

Control y sujeción que es a la postre una reacción de la sugestión y psico.soma.tización. La enfermedad del cuerpo es la enfermedad de la mente. El sistema social nos adiestra en la costumbre diaria de la convenida razón, incuestionable, inmutable, monumental. Las ciencias y la empiria son la seriedad epistemológica que han liderado el mundo desde “el siglo de la luces” (luces eléctricas y artificiales, por supuesto) hasta hoy: cuando vivimos una presupuesta pos.modernidad (porque parece que aún no la terminamos) que deja al descubierto una serie de interrogantes que son cuestionamientos y solicitudes telúricas sobre los grandes monumentos museales; cimientos de nuestro hoy tan resquebrajado. Si nos preguntamos, desilusionados, por el porvenir que nunca llegó como se suponía que llegaba, es porque algo se nos olvidó hacer -*ser*-. Algo sucedió mal, en alguna parte alguien se equivocó pues todo lo prometido falló. De las conquistas a las colonias, de las colonias a las independencias, de las independencias a las guerras y revoluciones, de la revoluciones a las dictaduras, de las dictaduras al miedo... *miedo*... Del miedo al quietismo flojo de la mediocridad, de la mediocridad a la sociedad de masas; las masas que son uniformidad en medio de una diversidad que quiere romper y rompe de manera hostigada y reventada, con náuseas por tanta basura acumulada, como ya no queriendo nada de lo establecido e impuesto, nada de lo *ofrecido* como regalo envenenado, si hasta el aire lo hemos heredado sucio. Más bien dicho individuos que irrumpen, destruyen, degeneran y descomponen. Es el paso siguiente en la “evolución histórica”, el llamado posmodernismo que desborda y por ello obliga a nuevas construcciones (o quizás, y de una buena vez, sin más estructuras y al aire libre) que alberguen las nuevas fuerzas. ¿Nuevas?.

No.

La vida nos parece cíclica, la modernización es constante, la renovación llega al punto de la total destrucción por una pronta desaparición. Los que ya se cansaron de ser hombres practican *especulando* la transgresión; el experimento de la provocadora re.organización para romper el círculo desde el que se debe despegar. Es momento de *armonizar con el caos*, mas el orden no resultó bien, mas el orden y el deber ser, el honor y la salvación, acabaron con la credibilidad y la autoridad. Ya no hay una verdad única y establecida a seguir, sino más bien a re.encontrar en su sentido (a re.inventar, se entiende).

Hace tiempo que la experiencia del hombre en el hombre mismo se volcó. Hace tiempo que la certeza la guarda el corazón, y no es por allá lejos, en los ojos y la labia de otro, donde está la satisfacción. El hombre cada vez más generoso en su egoísmo –y no ególatra- se vuelve cada vez más certero, más cercano a sí, y *sólo así*, cercano *al otro*; su próximo.

Sumido en la contemplación. El silencio de la introspección hace de compañero y del otro, espejo de especulación; es el juego de la transformación. La urgente aceptación que

se traduce en “auto.question” o búsqueda (autocrítica, o cómo ponerse a sí mismo en crisis), en autoconocimiento y “autosujeción” (autosugestión, autogestión), es para que de una vez nos revolquemos en nuestra propia y única angustia; explotando lo heredado y acumulado, retirando los escombros de esas ruinas ruinosas y arruinadoras dejadas por otros, que sólo ocupan espacio volviendo la cabeza de los recuerdos más pesada todavía. Así, hasta que por fin aprendamos a soltar y dejar ir, hasta que por fin comprendamos la limpieza y regeneración que significa y transporta el olvidar; el anhelo de convertirse en *otro* (*yo* y no *tú*) será sabiduría de cada instante, y eso lo llevamos en la sangre, inscrito en la carne con tinta indeleble como tatuado en el espíritu... “El espíritu”, no sé lo que es pero me basta la sospecha que conmueve y provoca en mi cuerpo, mi último y único reducto.

Aprenderé a utilizarlo.

Desaprenderé la mediocridad *miedosa* (horrorosa, monstruosa) y masiva de lo ajena y extrañamente imposibilitado por los demás.

Desaprenderé de lo que los otros, “dicen”, se puede o se debe hacer.

Pondré en juego mi libertad y me pondré a escribir

sin parar de reír: aprenderé a olvidar.

nepegñe, lamgen, nepegñe.

## BIBLIOGRAFÍA

- Castelli, Enrico. *De lo demoníaco en el arte, Su significación filosófica*. Traducción del italiano, Humberto Giannini. Santiago, Ed. Universidad de Chile, 1963.
- Courtine, Jean-Jacques. En: *Historia del cuerpo*. V.V.A.A. Bajo la dirección de Alain Corbin, Jean-Jacques Courtine, Georges Vigarello. Madrid, Ed. Taurus, 2005.
- Donoso, José. *El obsceno pájaro de la noche*. Santiago, Ed. Alfaguara, 2003.
- Heidegger, Martin. *Nietzsche I*. Vol.1. Traducción de Juan Luis Vernal, Barcelona, Ed. Destino, 2000.
- Hugo, Víctor. *Manifiesto romántico*. Barcelona, Ed. Península, 1971.
- Nietzsche, Friedrich. *Así habló Zaratustra, un libro para todos y para nadie*. Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual. Madrid, Ed. Alianza, 1997.
- Nietzsche, Friedrich. *La ciencia jovial: "La Gaya Scienza"*. Traducción de José Jara, Caracas, Ed. Monte Avila, 1992.
- Nietzsche, Friedrich. *La voluntad de poder*. Buenos Aires, Ed. Poseidón, 1947.
- Safranski, Rüdiger. *Nietzsche, Biografía de su pensamiento*. Traducción del alemán por Raúl Gabás. Madrid, Ed. Tusquets, 2002.
- Schopf, Federico. "Más allá del optimismo crítico". En: *Piel de Leopardo*, Santiago, 1993-1994.
- Shelley, Mary. *Frankenstein*. Santiago, Ed. Portada [se distribuye con revista Qué Pasa], 1984.
- Valéry, Paul. "Reflexiones simples sobre el cuerpo". Apéndice en: *Historia natural y literatura de las sensaciones corporales*, Jean Starobinsky.
- Agradezco además las palabras encontradas de Roberto Matta, Los Tres y The Beatles.